

Serie: Tratados Teológicos

Profecías mesiánicas

Un estudio profundo de las profecías del Antiguo Testamento que anticiparon la Encarnación y Vida de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.



Federico Salvador Wadsworth





0. Contenido

0.	Contenido	2
1.	Introducción General	3
2.	Estructura del Tratado Teológico	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado	6
5.	Propósito del Tratado	10
6.	Desarrollo del tema	10
6.1.	Introducción.....	10
6.2.	El Mesías es prometido.....	10
6.3.	La Encarnación profetizada.....	16
6.4.	Vida Pública de Jesús.....	21
6.5.	Detención y Juicio del Mesías.....	33
6.6.	Muerte del Mesías.....	41
6.7.	Sepultura, Resurrección y Exaltación	45
7.	Material complementario	52
7.1.	El esperado mesías del judaísmo	52
7.2.	Falsos mesías.....	54



1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32).**

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15).**

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7).**

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12).** Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- | | | |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas | Serie 90.nn |
| f. | Historia | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

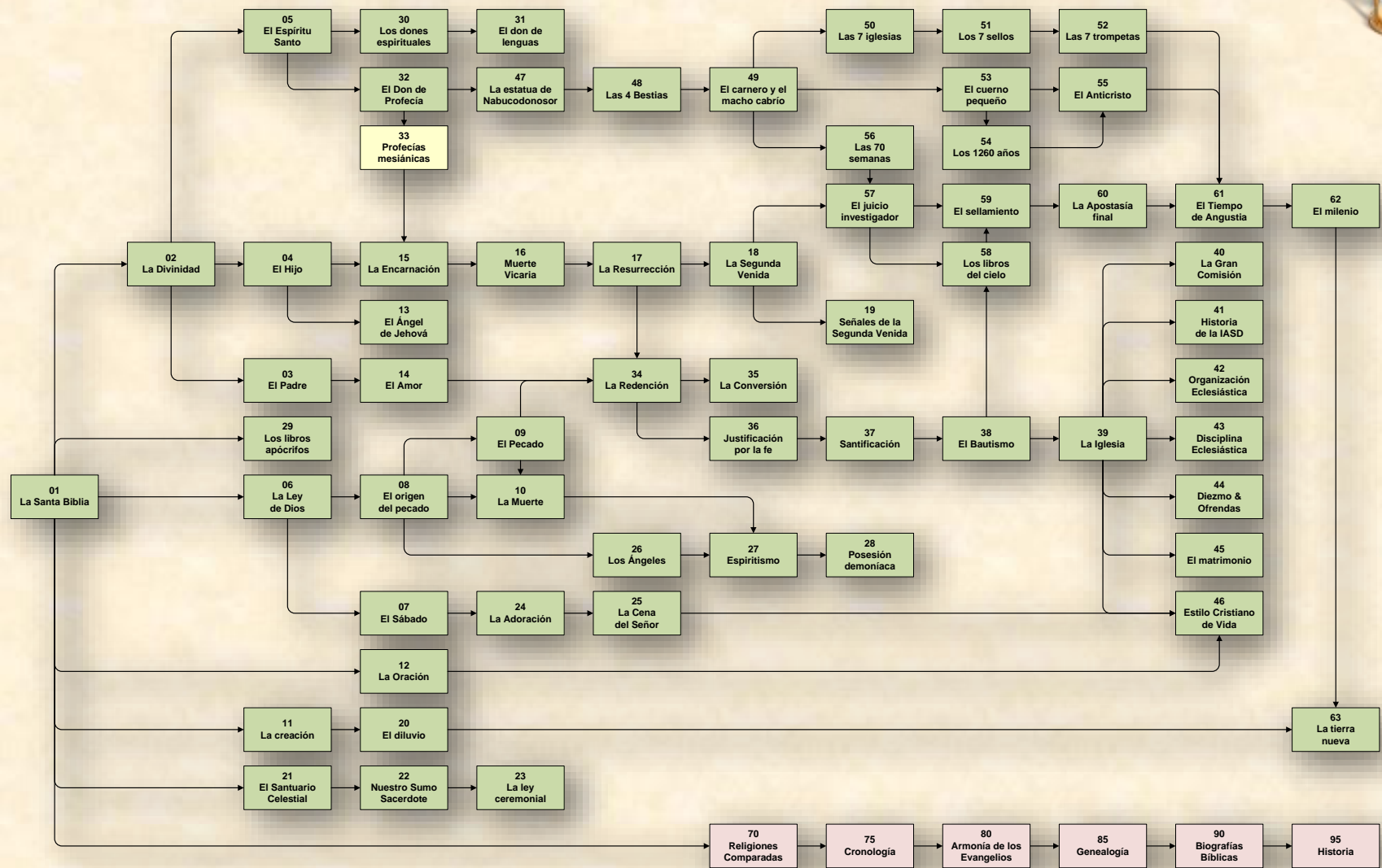
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchen con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

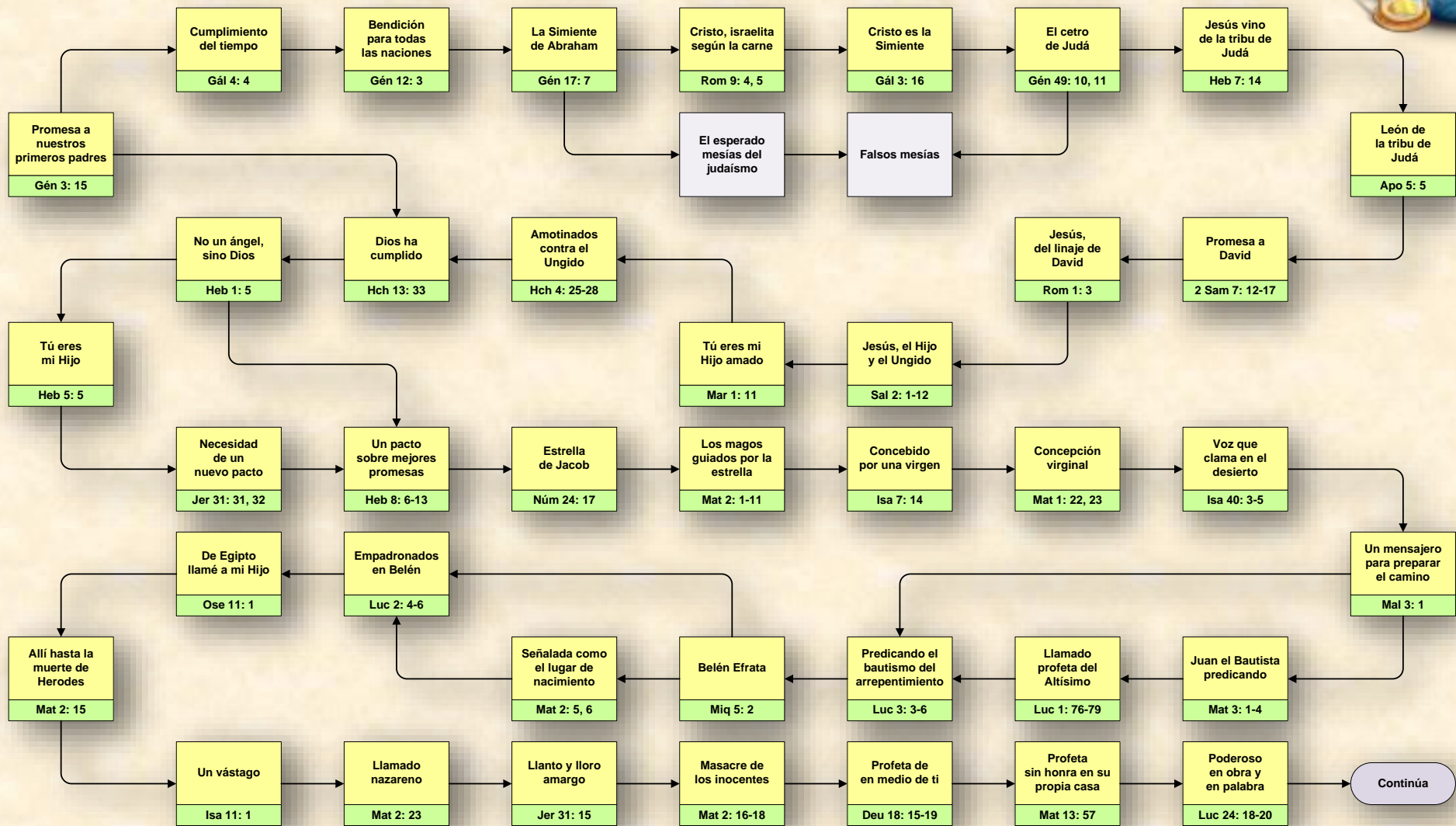


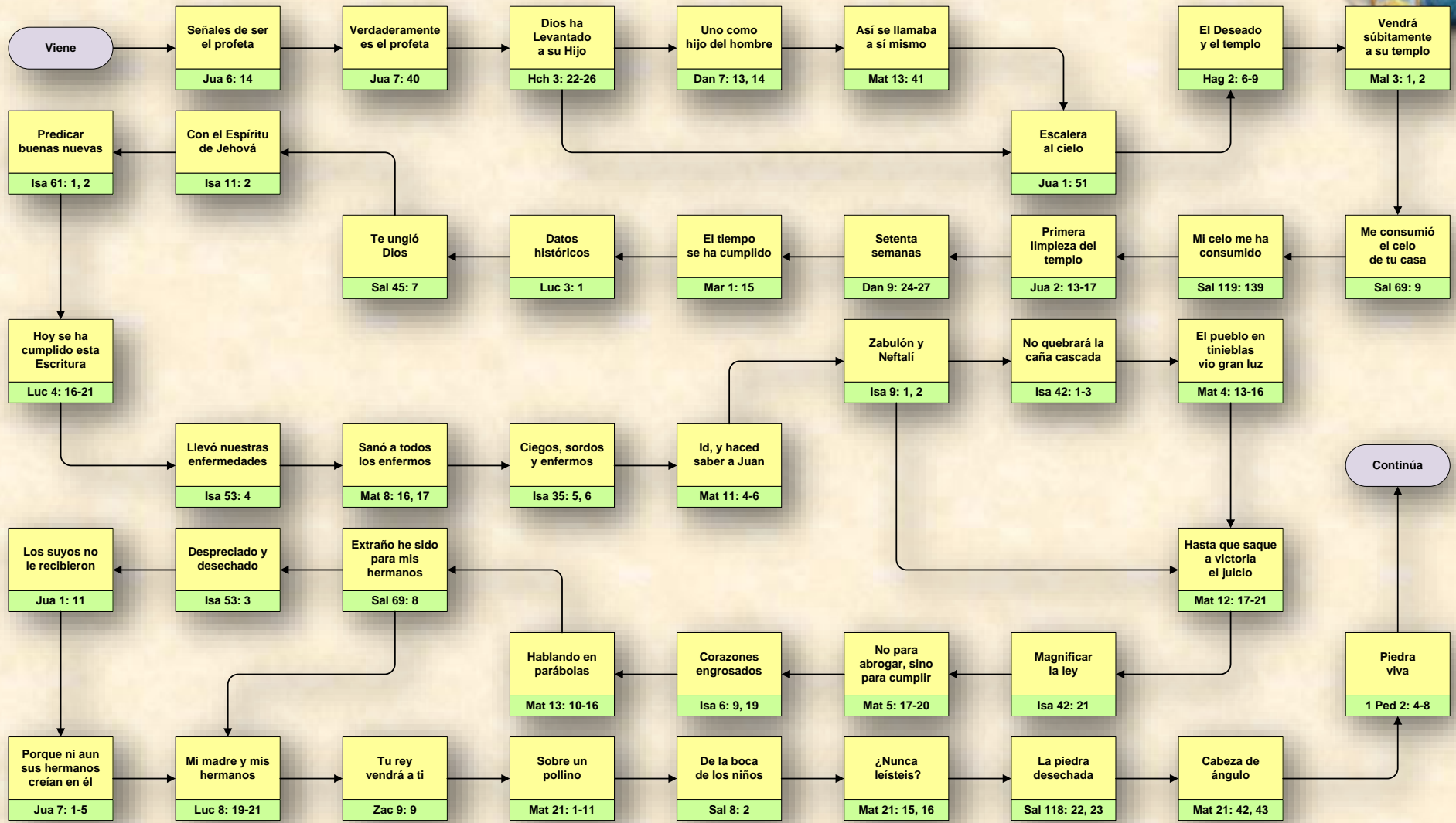
3. Mapa General de Tratados

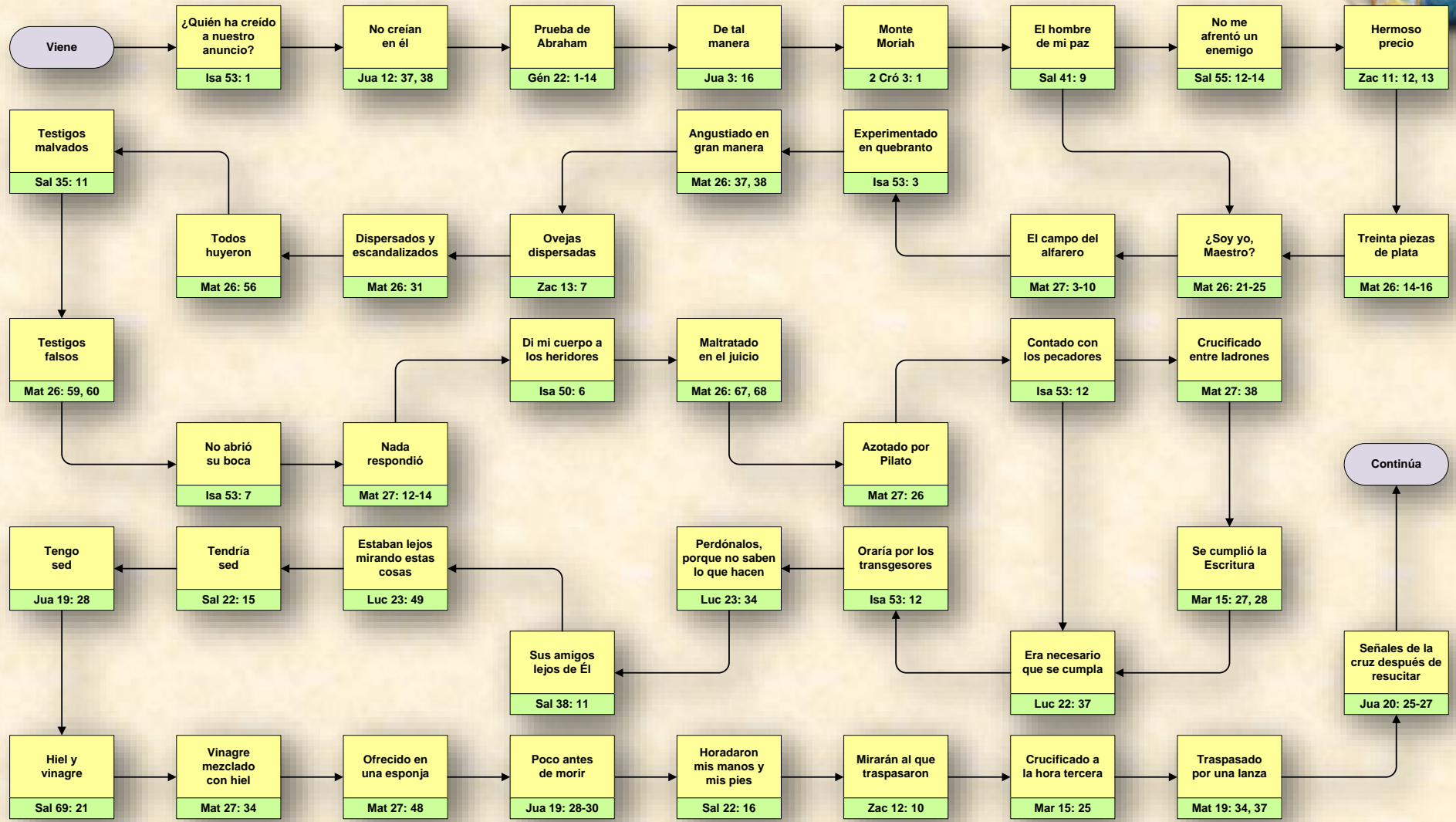


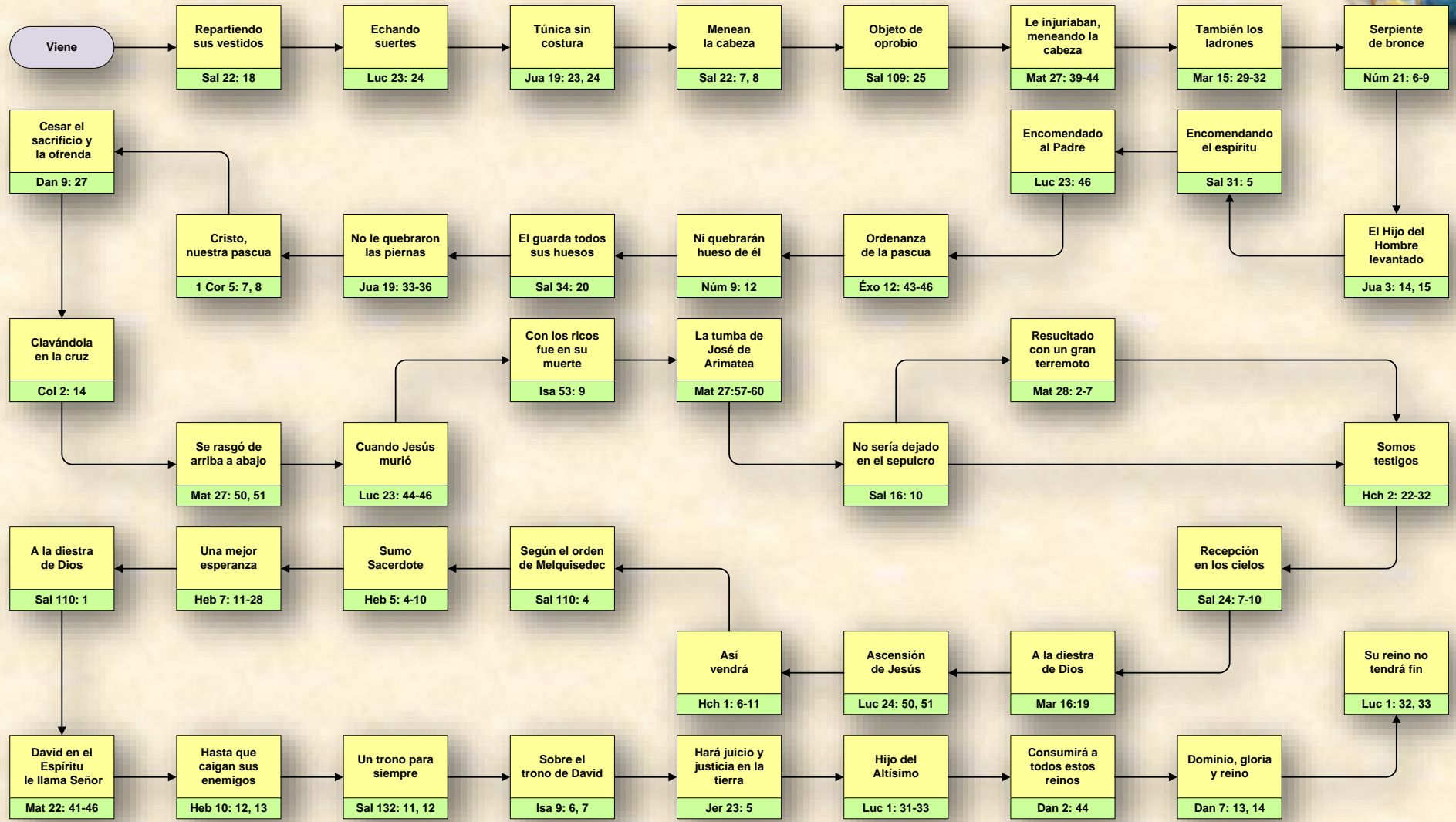


4. Mapa del Tratado











5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Demostrar que Jesús es el Mesías anunciado y esperado por el pueblo judío.
- b. Presentar las profecías del Antiguo Testamento que prefiguraron la primera venida del Salvador.
- c. Comprender el enfoque del contenido mesiánico del Antiguo Testamento.
- d. Incrementar la confianza del lector en la profecía y su cumplimiento a través de la encarnación, vida, muerte y resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.
- e. Proveer conceptos básicos de la interpretación profética, aplicable también a otros temas

6. Desarrollo del tema

6.1. Introducción

Un hilo de plata cruza toda la Palabra de Dios mostrándonos a Jesús nuestro Salvador bajo una multitud de formas que tratan de presentarnos cada detalle del amor de Dios y su sacrificio para rescatar a nuestra raza culpable. Las profecías que apuntan a la venida del Mesías a rescatarnos de la esclavitud del mal son innumerables y demandan un amplio estudio para comprender la profundidad con la que el cielo nos anunció esta primera y grandiosa fase del plan de salvación.

Las profecías mesiánicas, relacionadas con la primera venida, no solamente señalan el tiempo de la llegada del Salvador, sino también acerca de su nacimiento de una virgen, su vida pública, detalles de su sacrificio y muerte, así como lo que ocurriría antes, durante y después de su gloriosa resurrección.

Estudiar este tema, donde la profecía ya ha sido corroborada por la historia resulta estimulante para el estudioso de las Sagradas Escrituras, y de la profecía bíblica en particular, que entiende que lo que Dios ha anunciado se cumplirá, así como Jesús vino por primera vez a salvarnos, vendrá en gloria y majestad para llevar a los suyos a vivir por la eternidad. Espero que este estudio le ayude a incrementar su confianza en la **“antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”**. Un estudioso evangélico incluye un comentario en uno de sus libros que resulta aleccionador para aquellos que suponen que las profecías mesiánicas pudieron ser fruto de la casualidad.

Los ateos desesperados y otros incrédulos, buscando una manera de burlar el hecho de la profecía cumplida y sus connotaciones, han disputado que los cumplimientos de profecía del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento fueron “accidentales”, “por casualidad”, o “fortuitos”. Pero cuando se dan un número de detalles, el cumplimiento de la profecía “por casualidad” es descartado. Un autor dice, “Es concebible que una predicción, pronunciada en una incursión, y expresando qué, en sentido general, pudiera resultar, podría parecer como una profecía genuina. Pero sólo deje que la profecía dé varios DETALLES de tiempo, lugar, e incidentes acompañantes, y es evidente que la posibilidad de un cumplimiento “por casualidad”, por una “conurrencia fortuita de eventos”, llegará a ser extremadamente desesperada—sí, totalmente imposible. Las profecías de la antigüedad pagana se encargaron muy bien de limitar sus predicciones a una o dos particularidades y expresarlas en los términos más generales y ambiguos. Por toda la historia, excepto las profecías de las Escrituras, no hay ni un solo ejemplo de una predicción, expresada en un idioma inequívoco ni en el más mínimo detalle, que lleva la afirmación más remota de ser cumplida. Suponga que hubiera sólo cincuenta profecías en el Antiguo Testamento (en vez de cientos) con respecto a la primera venida de Cristo, dando detalles del Mesías venidero. Todas convergen en la persona de Jesús. La probabilidad de que se cumplan “por casualidad”, tal como lo calculan los matemáticos usando la teoría de probabilidades es menos que una en 1,125,000,000,000,000. Si le añade sólo dos elementos más a estas cincuenta profecías, y se fija la HORA y el LUGAR en la cual tienen que ocurrir, y la inmensa improbabilidad de que ocurrirán por casualidad excede todo el poder de los números para expresarlo (o la mente del hombre para comprenderlo). Uno pensaría que esto sería suficiente para desechar todas las súplicas de casualidad de los incrédulos, concediéndoles ninguna oportunidad para escapar de la evidencia de la profecía.

Observe además que muchas de las profecías acerca del Mesías son de tal carácter que sólo Dios podría cumplirlas, tal como Su nacimiento virginal, Su perfección sin pecado... Su resurrección y Su ascensión. Sólo DIOS podría causar que Jesús naciera de una virgen o fuera resucitado de entre los muertos.

Tony Alamo, El Mesías de acuerdo a la Profecía Bíblica, 6, 7

6.2. El Mesías es prometido

Desde el momento en que se produjo la caída del hombre en pecado en Edén, Dios activó el plan de salvación que estaba diseñado desde la eternidad por la presciencia de Dios. No tardó Dios, en su inmensa misericordia, en anunciar que **“la simiente”** de la mujer se encarnaría para desarrollar el más



grande rescate de todos los tiempos, pagado a un precio infinito, con la sangre del Redentor. Pablo señala que esta promesa y compromiso de Dios se cumplió cuando **“Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley”**. Esta última declaración tiene una múltiple importancia pues añade a la encarnación, el hecho que el Mesías estaría **“bajo la ley”**, la misma ley que Satanás argüía que el hombre no podía cumplir y que era, de acuerdo a la lógica satánica, una demanda injusta del Hacedor. La vida del Mesías probaría que sí es posible cumplir, esto es: obedecer la santa ley de Dios.

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.

Génesis 3: 15

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,

Gálatas 4: 4

La primera indicación que el hombre tuvo acerca de su redención la oyó en la sentencia pronunciada contra Satanás en el huerto. El Señor declaró: **“Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”**. **Génesis 3: 15**. Esta sentencia, pronunciada en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos. Mientras predecía la lucha entre el hombre y Satanás, declaraba que el poder del gran adversario sería finalmente destruido. Adán y Eva estaban como criminales ante el justo Juez, y aguardaban la sentencia que merecía su transgresión; pero antes de oír hablar de la vida de trabajo y angustia que sería su destino, o del decreto que determinaba que volverían al polvo, escucharon palabras que no podían menos que infundirles esperanza. Aunque habrían de padecer por efecto del poder de su gran enemigo, podrían esperar una victoria final.

Cuando Satanás supo que existiría enemistad entre él y la mujer, y entre su simiente y la simiente de ella, se dio cuenta de que su obra de depravación de la naturaleza humana sería interrumpida; que de alguna manera el hombre sería capacitado para resistir su poder. Sin embargo, cuando el plan de redención se dio a conocer, Satanás se regocijó con sus ángeles al pensar que, por haber causado la caída del hombre, podía ahora hacer descender al Hijo de Dios de su elevada posición. Satanás declaró que hasta la fecha sus planes habían tenido éxito en la tierra, y que cuando Cristo tomase la naturaleza humana, él también podría ser vencido, y así se evitaría la redención de la raza caída.



Los ángeles celestiales explicaron más completamente a nuestros primeros padres el plan que había sido concebido para su redención. Se les aseguró a Adán y a su compañera que, a pesar de su gran pecado, no se les abandonaría a merced de Satanás. El Hijo de Dios había ofrecido expiar, con su propia vida, la transgresión de ellos. Se les otorgaría un tiempo de gracia y, mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo, podrían llegar a ser de nuevo hijos de Dios.

El sacrificio exigido por su transgresión reveló a Adán y a Eva el carácter sagrado de la ley de Dios; y comprendieron mejor que nunca la culpa del pecado y sus horribles resultados. En medio de su remordimiento y angustia pidieron que la pena no cayese sobre Aquel cuyo amor había sido la fuente de todo su regocijo; que más bien cayera sobre ellos y su descendencia.

Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 51, 52

Pablo escribió a los Gálatas: **“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gálatas 4: 4)**. Así pues, la primera venida de Cristo, la encarnación, no fue por causalidad. Más bien sucedió de acuerdo con la propia sabiduría de Dios. Aun cuando los sinceros seguidores de Dios habían esperado la aparición del Mesías durante siglos, Dios tenía su propio horario; cuando hubo venido el cumplimiento

del tiempo, apareció Jesús. Los historiadores de la iglesia a menudo han llamado la atención a la forma en que **“el mundo”** había sido preparado para el nacimiento de Jesús; sin embargo, más allá de esto, debemos reconocer el desarrollo divino del plan de salvación.

Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 895

Cuando Dios reestablecía con Abraham el pacto de entregar a su Hijo en rescate por nosotros le señala que de su simiente nacerá el Salvador. Dios le anuncia que en su simiente **“serán benditas... todas las familias de la tierra”** al mismo tiempo que le ofrece cuidar al remanente que él representaba y que llega



hasta nuestro tiempo como la iglesia de Dios. Este “**pacto perpetuo**”, que nada puede alterar, se ratificaría con la encarnación, cuando Dios el Hijo, adquiriría la naturaleza humana, conservando la divina, y la mantendría por la eternidad, como una prueba del eterno amor de Dios a nuestra raza caída. El Mesías, de acuerdo a este pacto profético nacería de la estirpe santa (separada para uso sagrado) de Abraham, como Dios lo había prometido.

Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.

Génesis 12: 3

Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti.

Génesis 17: 7

que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.

Romanos 9: 4, 5

Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: y a tu simiente, la cual es Cristo.

Gálatas 3: 16

A Abrahán se le dio la promesa, muy apreciada por la gente de aquel entonces, de que tendría numerosa posteridad y grandeza nacional: “**Y haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición**”. **Génesis 12: 2**. Además, el heredero de la fe recibió la promesa que para él era la más preciosa de todas, a saber, que de su linaje descendería el Redentor del mundo: “**Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra**”. Versículo **3**. Sin embargo, como condición primordial para su cumplimiento, su fe iba a ser probada; se le exigiría un sacrificio.

Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 117, 118

En una visión nocturna, Abrahán oyó otra vez la voz divina: “**No temas, Abram—fueron las palabras del Príncipe de los príncipes—yo soy tu escudo, y tu galardón sobremanera grande**”. **Génesis 15: 1**. Pero tenía el ánimo tan deprimido por los presentimientos que no pudo esta vez aceptar la promesa con absoluta confianza como lo había hecho antes. Rogó que se le diera una evidencia tangible de que la promesa sería cumplida. ¿Cómo iba a cumplirse la promesa del pacto, mientras se le negaba la dádiva de un hijo? “**¿Qué me has de dar—dijo Abrahán, —siendo así que ando sin hijo? ...Y he aquí que es mi heredero uno nacido en mi casa**”. Versículos **2, 3**. Se proponía adoptar a su fiel siervo Eliezer como hijo y heredero. Pero se le aseguró que un hijo propio había de ser su heredero. Entonces Dios lo llevó fuera de su tienda, y le dijo que mirara las innumerables estrellas que brillaban en el firmamento; y mientras lo hacía le fueron dirigidas las siguientes palabras: “**Así será tu simiente**”. “**Y creyó Abraham a Dios, y le fue atribuido a justicia**”. Versículo **5**; **Romanos 4: 3**.

Aun así, el patriarca suplicó que se le diese una señal visible para confirmar su fe, y como evidencia para las futuras generaciones de que los bondadosos propósitos que Dios tenía para con ellas se cumplirían. El Señor se dignó concertar un pacto con su siervo, empleando las formas acostumbradas entre los hombres para la ratificación de contratos solemnes. En conformidad con las indicaciones divinas, Abrahán sacrificó una novilla, una cabra y un carnero, cada uno de tres años de edad, dividió cada cuerpo en dos partes y colocó las piezas a poca distancia la una de la otra. Añadió una tórtola y un palomino, que no fueron partidos. Hecho esto, Abrahán pasó reverentemente entre las porciones del sacrificio, haciendo un solemne voto a Dios de obediencia perpetua.



Atenta y constantemente permaneció al lado de los animales partidos, hasta la puesta del sol, para que no fuesen profanados o devorados por las aves de rapiña. Al atardecer se durmió profundamente; y “**el pavor de una grande obscuridad cayó sobre él**”. **Génesis 15: 12**. Y oyó la voz de Dios diciéndole que no esperase la inmediata posesión de la tierra prometida, y anunciándole los sufrimientos que su posteridad tendría que soportar antes de tomar posesión de Canaán. Le fue



revelado el plan de redención, en la muerte de Cristo, el gran sacrificio, y su venida en gloria. También vio Abrahán la tierra restaurada a su belleza edénica, que se le daría a él para siempre, como pleno y final cumplimiento de la promesa.

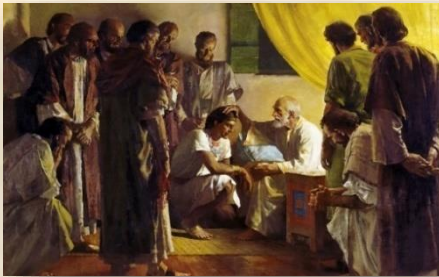
Como garantía de este pacto de Dios con el hombre, “dejóse ver un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasó entre los animales divididos”, y aquellos símbolos de la presencia divina consumieron completamente las víctimas. Y otra vez oyó Abrahán una voz que confirmaba la dádiva de la tierra de Canaán a sus descendientes, “desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates”. Versículo 18.

Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 130-132

La venida del Mesías, la simiente de Abraham en quien serían benditas todas las naciones de la Tierra (**Génesis 12: 3**), es claramente parte de las promesas del pacto hecho con Israel. Con todo, trasciende el pacto, ya que el Mesías es para todas las naciones, no para Israel solo. En esa trascendencia queda supeditado el principio del carácter condicional que gobernaba las promesas y amenazas del pacto. ¿Se demoró la venida del Mesías debido a que Israel no había preparado el mundo para su venida? No tenemos ninguna indicación de que haya sido así. Seguramente una preparación como la que habían hecho era débil, pero vino el Mesías. ¡Tenía que venir! Dios lo envió en la plenitud del tiempo.

Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 896

Cuando Jacob, nieto de Abraham, estaba próximo a morir en Gosén, Egipto, quiso bendecir a sus hijos y tuvo palabras significativas para Judá. En términos proféticos se refirió a Judá como antepasado del Mesías, a quien vio, además, con los ojos de la fe, entrando en triunfo, como lo hacían los reyes, montado en un pollino, como también lo profetizaría Zacarías, como lo veremos más adelante. Como lo señalan los evangelistas (tanto en el caso de María como de José, aunque este no era realmente su padre según la carne) y lo corrobora también Pablo, Jesús era descendiente de Judá, inclusive de la casa real como veremos más adelante y se señala también en uno de los versos citados. También Juan por inspiración divina llama a Jesús, en su condición posterior a la resurrección como “el León de la tribu de Judá”, como



una representación de su dominio y poder. Es también muy interesante notar el hecho que la profecía de Jacob implicaba que el Mesías debía venir antes que Judá perdiera el cetro o el gobierno, cosa que ocurrió en tiempos de Arquelao, en la adolescencia de Jesús. Vea las citas, en mi opinión muy precisas, de un escritor evangélico y de un judío converso al cristianismo, muy reconocido sobre el tema mesiánico, que se presentan a continuación.

No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto.

Génesis 49: 10, 11

Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.

Hebreos 7: 14

Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

Apocalipsis 5: 5

Las más altas bendiciones de la primogenitura se transfirieron a Judá. El significado del nombre, que quiere decir alabanza, se describe en la historia profética de esta tribu:

“Judá, alabarte han tus hermanos: Tu mano en la cerviz de tus enemigos: Los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león Judá: De la presa subiste, hijo mío: Encorvóse, echóse como león, así como león viejo; ¿Quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, Y el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Shiloh; Y a él se congregarán los pueblos”.

El león, rey de la selva, es símbolo apropiado de la tribu de la cual descendió David, y del hijo de David, Shiloh, el verdadero “león de la tribu de Judá”, ante quien todos los poderes se inclinarán finalmente, y a quien todas las naciones rendirán homenaje.

Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 240

El Mesías tenía que venir antes de que la tribu de Judá perdiera su identificación tribal. “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a Él se congregarán los pueblos” (**Génesis 49: 10**). La identidad tribal de Judá no fallecerá — como pasó



con la de las otras diez tribus de Israel—hasta que venga Siloh. Por siglos los comentaristas judíos y cristianos han tomado a “Siloh” como el nombre del Mesías. “Siloh” quiere decir “paz” o “uno enviado.”

Aunque Judá, durante el período de setenta años de su cautividad en Babilonia, habían sido privados de soberanía nacional, ellos nunca perdieron su “bastón tribal”, su identidad nacional; y ellos siempre tenían sus propios “legisladores” (jueces) aún en cautividad (**Esdras. 1: 5, 8**).

En el tiempo de Cristo, aunque los romanos eran soberanos de los judíos, los judíos tenían un rey en su propia tierra; además, ellos estaban gobernados, en sumo grado, por sus propias leyes, y el Sanedrín de la nación todavía ejercía su autoridad. Pero dentro de unos pocos años, durante el año que Jesús tenía doce años de edad, cuando Él apareció públicamente en el templo (**Lucas 2: 41-52**), Arquelao, el rey de los judíos, fue destronado y expulsado [en realidad el reemplazo de Herodes Arquelao, hijo de Herodes el Grande ocurrió el año 6 DC, cuando Jesús tendría unos 10 años]. Coponio fue nombrado Procurador Romano, y el reino de Judá, el último remanente de la grandeza anterior de la nación de Israel, fue formalmente rebajada a ser parte de la provincia de Siria. Por casi otro medio siglo, los judíos retuvieron la apariencia de una estructura gubernativa provincial; pero en 70 DC tanto su ciudad como su templo fueron destruidos por los ejércitos del general romano, Tito, y toda apariencia de soberanía nacional judía desapareció. Pero la cosa extraordinaria es ésta: el Mesías (Siloh) vino antes de que Judá perdiera su identidad tribal, jexactamente como está declarado en **Génesis 49: 10!**

Tony Alamo, El Mesías de acuerdo a la Profecía Bíblica, 25

Durante las grandes controversias en la Edad Media entre defensores del judaísmo rabínico y sus oponentes, los creyentes en Yeshúa invocaban el pasaje profético de que “**el cetro no se apartará de Judá hasta que venga Shilóh**” como prueba del mesianismo de Yeshúa de Nazaret. Mantenían que hubo una continuidad de liderato en Judea hasta que apareció Yeshúa, cuando ya había cesado. Los eruditos rabínicos mantenían que esto no podía ser, ya que el reino judío había llegado a su fin en el año 586 AC, como 600 años antes de Yeshúa. El argumento de los creyentes, sin embargo, era como sigue: Judá habría de tener prominencia hasta que viniera Shilóh. Shilóh se interpreta que es el Mesías en el pensamiento y escritos judíos tradicionales. Sedequías fue el último rey de Judá antes del cautiverio babilónico. A él lo cegaron, y mataron a sus hijos. Pero hubo otro rey judío legítimo en la prisión babilónica durante el cautiverio - Joacim. Él fue liberado de prisión por el rey babilónico. Según la Escritura, uno de los descendientes de Joacim era Zorobabel, el líder de los exiliados que regresaron bajo el rey Ciro. Los exiliados regresados miraban a Zorobabel y sus descendientes para el liderato político en Judea. Hubo continuidad de liderazgo hasta la misma destrucción del Segundo Templo. En ese tiempo cesó la autoridad del Sanedrín.

Aun cuando los asmoneos (quienes no eran descendientes de Judá, David, Joacim y Zorobabel), tomaron las riendas del liderazgo judío en el 167 AC, al país se le llamaba todavía Judea. Los asmoneos, sin embargo, no eran los gobernantes en derecho porque eran de un linaje levítico, no davídico ni judío. De hecho, el liderazgo judío religioso denunció la gobernación política de los asmoneos. La disputa continuó y el liderazgo asmoneo eliminó a 800 fariseos principales. Los que eran fieles a Dios, que nunca se sometieron a la gobernación ilegítima de los asmoneos sino más bien al cuerpo gobernante judío que ellos reconocían. El cetro, de hecho, no se apartó de Judá ni un legislador de entre “**sus pies**” sino hasta el año 30 DC, el tiempo cuando Yeshúa de Nazaret fue ejecutado.

Rajmiel Frydland, Lo que saben los rabinos acerca del Mesías, 27, 28

Esta promesa, que el Mesías vendría de la casa de David se le mencionó al mismo rey cuando se acercaba el fin de su reinado. Aunque pareciera que las palabras del profeta Natán se refieren a su hijo Salomón quien construiría el templo, privilegio que a él se le había negado, luego se le dice que su trono sería eterno, en referencia al futuro reino eterno del Mesías, después que Él venga en gloria y majestad.

Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente. Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David.

2 Samuel 7: 12-17

acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne,

Romanos 1: 3

El mismo David, en su oficio como profeta (veremos luego que por inspiración escribió mucho sobre la pasión del Señor) se adelanta a presentar el triunfo final de Jesús y su retorno al cielo, para que le sea



devuelto el lugar que ocupaba desde los días de la eternidad. No pueden los hombres, por más elevada que parezca su posición y a pesar de todo el poder terrenal que parezcan ejercer, en su insensata oposición a Dios, lidiar “**contra Jehová y contra su ungido**” y esperar tener éxito. No pudieron, a pesar de su aparente victoria contra él, crucificándolo, pues no lograron retenerle en la tumba. Al final, cuando el Hijo decida retomar el trono de su reino, eliminará todo el remanente de la rebelión que existe en el universo. El último baluarte de la maldad, circunscrito a este tenebroso tercer planeta, se rendirá al Rey de reyes.

En este interesante pasaje del salmista se presenta la entronización del Hijo, después de su resurrección y se le compara en **Hebreos 1: 5** con sus súbditos los ángeles y se señala como única la relación Padre-Hijo, relación que no poseen los ángeles, pues ellos se relacionan como Creador-criatura.

¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; El Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídemme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás. Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor. Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían.

Salmos 2: 1-12

Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Marcos 1: 11

que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.

Hechos 4: 25-28

la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.

Hechos 13: 33

Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?

Hebreos 1: 5

Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

Hebreos 5: 5

Sin que el pacto abrahámico fuera desechado totalmente (pues en realidad las condiciones de ambos eran las mismas), era necesario que la venida del Mesías significara el inicio de un nuevo pacto, mejor que el anterior y “**establecido sobre mejores promesas**”. El sacrificio de animales que prefiguraban el sacrificio de Cristo en la cruz, sería dejado de lado, cuando el tipo fuera reemplazado por el antitipo (recuerde cuando el velo del templo se rasgó de arriba abajo, dejando el otrora Lugar Santísimo expuesto a la vista de todos), esto es, cuando Cristo fuera ofrecido en la cruz por nuestros pecados.

Jeremías recoge el mensaje del Señor y adelanta que se reestablecería un pacto con el hombre, pacto que nosotros habíamos invalidado por nuestra maldad, repetida vez tras vez por la apostasía de su pueblo. Este nuevo pacto tendría un “**mediador**” perfecto cuando el Salvador resucitado asumiera su lugar como Sumo Sacerdote en su “**ministerio**” en el Santuario Celestial.

He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová.

Jeremías 31: 31, 32

Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: he aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto;



porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.

Hebreos 8: 6-13

6.3. La Encarnación profetizada

Cuando llegó el tiempo del nacimiento del Salvador casi nadie le esperaba. A pesar de las profecías que adelantaban las condiciones y el tiempo de su manifestación, solo unos extranjeros fueron atraídos por la aparición de la estrella que anunciaría su llegada a este mundo. Es interesante que haya sido Balaam el que profetizó acerca de la estrella que antecedería su llegada, sí, sí, Balaam, el profeta que había vendido su corazón a los enemigos de Israel, no pudo retener en sus labios el mensaje que Dios le conminaba a pronunciar. Decía que solamente unos extranjeros estudiosos sabían que el tiempo se aproximaba (trataremos más sobre el tiempo un poco más adelante) y vinieron a buscar al Salvador y le hallaron. Cuando Mateo narra la búsqueda de estos sabios se muestra la candidez de ellos al preguntar al canalla de Herodes el Grande sobre el nacimiento del Rey. Me gusta más que en inglés se les llame "wise men", "hombres sabios" que magos, bueno, usted ya sabe que no eran reyes, ni tampoco probablemente tres, ni menos que sepamos los nombres que la tradición les ha otorgado, más que una tradición una leyenda en realidad, que inclusive les ha asignado razas diferentes, lo que no tiene mucho sentido.

Es interesante notar que cuando encuentran a Jesús es en la "casa" y ya no en el establo. Las imágenes comunes que vemos de los magos adorando en el establo no son muy correctas desde el punto de vista histórico. Note que estos hombres veían de lejos, seguramente viajaban de noche para ver la estrella y llegaron cuando ya Jesús estaba en casa con sus padres. Algunos comentaristas suponen (con razón, me parece) que Jesús ya había sido entonces presentado en el templo, por lo que tendría más de 40 días.

Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca; saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set.

Números 24: 17

Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle. Oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guidor, que apacentará a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella; y enviándolos a Belén, dijo: Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore. Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra.

Mateo 2: 1-11



Los magos del Oriente eran filósofos. Pertenecían a la clase numerosa e influyente, que incluía hombres de noble alcurnia y poseía gran parte de las riquezas y del saber de su nación. Entre ellos había muchos que explotaban la credulidad del pueblo. Otros eran hombres rectos que estudiaban las manifestaciones de la Providencia en la naturaleza, y eran honrados por su integridad y sabiduría. De este carácter eran los magos que vinieron a Jesús.

La luz de Dios está siempre resplandeciendo aun en medio de las tinieblas del paganismo. Mientras estos magos estudiaban los cielos tachonados de estrellas, y trataban de escudriñar el oculto misterio de sus brillantes derroteros, contemplaban la



gloria del Creador. Buscando un conocimiento más claro, se dirigieron a las Escrituras hebreas. En su propia tierra, se conservaban escritos proféticos que predecían la llegada de un maestro divino. Balaam era uno de esos magos, aunque fuera en un tiempo profeta de Dios; por el Espíritu Santo había predicho la prosperidad de Israel y la aparición del Mesías; y sus profecías se habían transmitido por la tradición de siglo en siglo. Pero en el Antiguo Testamento, el advenimiento del Salvador se revelaba más claramente. Con gozo supieron los magos que su venida se acercaba, y que todo el mundo iba a quedar lleno del conocimiento de la gloria de Jehová.

Los magos habían visto una luz misteriosa en los cielos la noche en que la gloria de Dios inundó las colinas de Belén. Al desvanecerse la luz, apareció una estrella luminosa que permaneció en los cielos. No era una estrella fija ni un planeta, y el fenómeno excitó el mayor interés. Esa estrella era un distante grupo de resplandecientes ángeles, pero los sabios lo ignoraban. Sin embargo, tenían la impresión de que la estrella era de especial importancia para ellos. Consultaron a los sacerdotes y filósofos, y examinaron los rollos de los antiguos anales. La profecía de Balaam declaraba: **“Saldrá estrella de Jacob, y levantaráse cetro de Israel”**. ¿Podría haber sido enviada esta extraña estrella como precursora del Prometido? Los magos habían recibido con gratitud la luz de la verdad enviada por el cielo; ahora esa luz se derramaba sobre ellos en rayos más brillantes. En sueños, recibieron la indicación de ir en busca del Príncipe recién nacido.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 41, 42

Ellen G. White parece narrar el encuentro con los magos como si se hubiera producido en el establo (pues habla del pesebre), pero es interesante notar que lo hace en un capítulo (el sexto) de **El Deseado de todas las Gentes** posterior a aquel en que trata la dedicación, que ocurrió a los 40 días en Jerusalem. Ellos probablemente habrían retornado a Belén, para ser censados, que era el propósito del viaje y allí los encontraron los sabios. Tal vez habían conservado el **“pesebre”** (que serviría como una cuna para campesinos pobres como ellos), como un recuerdo de las extrañas circunstancias que les llevaron a presenciar en aquel lugar la culminación del evento más milagroso de todos los tiempos, la encarnación, pero ya estaban en una casa y no en un establo.

Los magos salieron solos de Jerusalén. Las sombras de la noche iban cayendo cuando pasaron por las puertas, pero para gran gozo suyo volvieron a ver la estrella, y ella los encaminó hacia Belén. Ellos no habían recibido ninguna indicación del humilde estado de Jesús, como la que había sido dada a los pastores. Después del largo viaje, se quedaron desilusionados por la indiferencia de los dirigentes judíos, y habían salido de Jerusalén con menos confianza que cuando entraron en la ciudad. En Belén, no encontraron ninguna guardia real para proteger al recién nacido Rey. No le asistía ninguno de los hombres honrados por el mundo. Jesús se hallaba acostado en un pesebre. Sus padres, campesinos sin educación, eran sus únicos guardianes. ¿Podía ser aquel niño el personaje de quien se había escrito que había de **“levantar las tribus de Jacob”** y restaurar **“los asolamientos de Israel”**; que sería **“luz de las gentes”**, y **“salud hasta lo postrero de la tierra”**?

“Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, le adoraron”. Bajo el humilde disfraz de Jesús, reconocieron la presencia de la divinidad. Le dieron sus corazones como a su Salvador, y entonces sacaron sus presentes, **“oro e incienso y mirra”**. ¡Qué fe la suya! Podría haberse dicho de los magos del Oriente, como se dijo más tarde del centurión romano: **“Ni aun en Israel he hallado fe tanta”**.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 45

La inspiración hace decir a Mateo que **“vieron al niño con su madre María”** sin mencionar a su supuesto padre, lo que me hace suponer que ellos comprendían el origen divino del niño, la concepción virginal que aparecía en las Escrituras hebreas que habían estudiado, y que aquél tierno niño no era otro que Dios en la carne, por lo que **“postrándose, le adoraron”**. Efectivamente, el profeta Isaías había señalado que la señal sería **“que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”**. La encarnación del Dios Omnipotente en el pequeño niño de Belén será un misterio que durante las edades eternas estudiaremos sin agotar.

Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

Isaías 7: 14

Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.

Mateo 1: 22, 23

Además de mostrarnos el lugar donde nacería el Mesías (todavía tengo algo más que comentar sobre Belén que le parecerá también interesante) la profecía señalaba fehacientemente que, llegado el tiempo del inicio de la vida pública del Salvador, habría un mensajero que prepararía el **“camino a Jehová”**. La Providencia, seis meses antes de la encarnación de Jesús, había preparado mediante un milagro, a



quien cumpliría la labor de mensajero de la primera venida del Señor. Una pariente de María, cuya edad de procrear había pasado largamente, había quedado embarazada luego del anuncio de un ángel a su padre que así sería. Cuando Elisabeth alumbró a Juan, su padre Zacarías se recobró de su mudez temporal (causada por no haber creído inicialmente el mensaje del ángel) y profetizó que ese niño sería “**profeta del Altísimo**” y cumpliría la profecía de Isaías. Dicho sea de paso, todavía debo estudiar cómo María, que era de la tribu de Judá, era pariente de Elisabeth, cuando esta y su esposo eran levitas, de la descendencia de Aarón para ser más precisos. ¿Será que la madre de María pertenecía a la tribu de Leví o la de Elisabeth a la de Judá? Coménteme si tiene una respuesta sustentada para esta cuestión. El **Comentario Bíblico Adventista, Tomo V, 669** conjetura esto mismo.

Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado.

Isaías 40: 3-5

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.

Malaquías 3: 1

En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestre.

Mateo 3: 1-4

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; Porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos; para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por camino de paz.

Lucas 1: 76-79

Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios.

Lucas 3: 3-6

El manejo de los acontecimientos históricos, que parecen depender de las decisiones de los hombres encumbrados, y que parecen azarosos o siguen intereses individuales, responden en realidad a los deseos y propósitos del Omnipotente. María y José vivían en Nazareth, Galilea (unos 90 km al norte en línea recta de Jerusalem) y debieron, por el decreto del segundo censo de Quirinio, trasladarse a su lugar de origen, a Belén, Judea (unos 15 km al sur en línea recta de Jerusalem). Era un largo viaje para una mujer embarazada, por más que contara con alguna ayuda para el viaje en acémila. Pero Dios había señalado donde nacería el Mesías y todos los acontecimientos apuntaron al lugar y día exacto cuando María daría a luz al Salvador.

Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.

Miqueas 5: 2

Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guidor, que apacentará a mi pueblo Israel.

Mateo 2: 5, 6

Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.

Lucas 2: 4-6

Jesús nació en Belén de Judea (**Mateo 2: 1**) en una manera completamente maravillosa. Hasta poco antes de la hora del nacimiento de Jesús, María estaba viviendo en el lugar equivocado—



es decir, si su bebé venidero era el Mesías. Note ahora las complejidades de las providencias de Dios al cumplir Su Palabra. En 1923, en Ankara, Turquía, se encontró una inscripción del templo romano (reportada por Sir William Ramsay, un químico y arqueólogo británico famoso) que, cuando fue descifrada, contó que en el reino de César Augusto hubo tres grandes recaudaciones de impuestos. La segunda fue ordenada cuatro años antes del nacimiento de Cristo. La tercera, algunos años después de Su nacimiento. La segunda es la que nos interesa.

Los judíos orgullosos resentían la idea de un impuesto especial, así que mandaron una comisión a Roma para protestarlo. Quirinio, el gobernador local de Siria, no tenía la autoridad para arreglar el problema. Esos eran los días de comunicación lenta y viajes aún más lentos. Finalmente, la comisión fracasó y los judíos tuvieron que someterse a la inscripción y al impuesto. Pero cuando los funcionarios recaudadores de impuestos habían llegado al este, atravesando pueblo tras pueblo, provincia tras provincia, y después de los retrasos que tomaron mucho tiempo, ocasionados por las protestas judías, se había causado exactamente suficiente retraso, y todo en el curso natural de los acontecimientos, para que cuando la inscripción fue puesta en vigor en Judea ¡llegó el momento exacto en que María daría a luz al niño Jesús!

¡Ni María, ni César, ni los recaudadores de impuesto romanos controlaron el momento preciso, ni tampoco los eventos que transcurrieron; sino que el Dios que gobierna el mundo entre bastidores tenía Sus manos sobre el volante, y Él literalmente “movió las gentes del mundo” y calculó todo, hasta el día en que María y José llegaron a Belén justo a tiempo, para que Jesús, el Mesías escogido, naciera en el lugar correcto, ¡el lugar diseñado por el dedo infalible de la profecía!

¡Verdaderamente ciego es el hombre que no puede ver o no quiere ver la mente del Infinito planeando estos detalles y la mano del Todopoderoso ejecutando Su plan perfecto!

Tony Alamo, El Mesías de acuerdo a la Profecía Bíblica, 24

Una profecía extraña, que debería ser cumplida por el Mesías era que debía ser llamado de Egipto. Evidentemente para ser llamado de algún lugar hay que estar allí (parece una perogrullada, pero no lo es). Es más, para ser llamado de allí significaría que debía permanecer allí hasta que se le dijera lo contrario. Cuando José (por revelación) supo la amenaza que se cernía sobre la vida del Niño partió hacia Egipto y permaneció allí hasta que Herodes el Grande murió (4 AC, sí, antes de Cristo, pues lo más probable es que Jesús naciera entre el año 7 y el 5 AC, tal vez más cerca de este último) poco después de ser ejecutada la matanza de los inocentes que él había decretado.

Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.

Oseas 11: 1

y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.

Mateo 2: 15

José, que estaba todavía en Egipto, recibió entonces de un ángel de Dios la orden de volver a la tierra de Israel. Considerando a Jesús como heredero del trono de David, José deseaba establecerse en Belén; pero al saber que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre, temió que los designios del padre contra Cristo fuesen llevados a cabo por el hijo. De todos los hijos de Herodes, Arquelao era el que más se le asemejaba en carácter. Ya su advenimiento al gobierno había sido señalado por un tumulto en Jerusalén y la matanza de miles de judíos por los guardias romanos.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 47

Una profecía, algo difícil de entender por el juego de palabras que está involucrado, es la que el Mesías sería llamado “nazareno”. La profecía de Isaías donde al Mesías se le llama el “Vástago” de Isaí (padre del rey David) se basa en la palabra hebrea de la cual deriva la palabra vástago, así como el nombre de la comarca, Nazareth, donde el Salvador pasaría la mayor parte de su vida. Es posible que Jesús estuviese en Egipto durante los primeros dos años de su vida e inició su vida pública un poco por encima de los 30 años, con lo que vivió en Nazareth unos 28 años cuando menos.

Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.

Isaías 11: 1

y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno.

Mateo 2: 23

He aquí otra serie de predicciones intrincadas. La profecía dijo, “De ti [Belén] me saldrá el que será Señor en Israel” (**Miqueas 5: 2**). Pero otra Escritura dijo, “De Egipto llamé a Mi Hijo” (**Oseas 11: 1** con **Mateo 2: 15**). Y había una profecía hablada, comúnmente conocida entre la gente de Israel



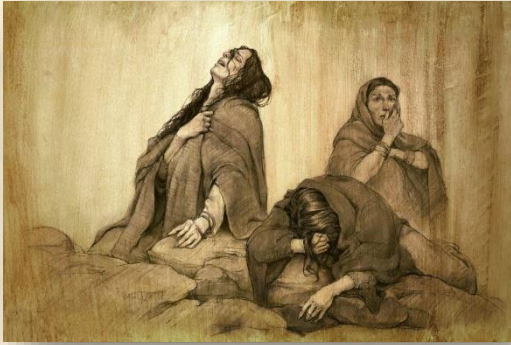
como una de las predicciones de los profetas, “[Él] **habría de ser llamado nazareno**” (**Mateo 2: 23**), basada sobre **Isaías 11: 1**, donde el Mesías es llamado el Vástago (hebreo, neh-tzer), significando el separado, o “el Nazareno”.

¿Son estas contradictorias? De ninguna manera, puesto que vino la persona que desentrañó el rompecabezas por el transcurso de los eventos en Su vida divinamente predestinada. Él nació en Belén, como dijo Miqueas; poco después, Él fue llevado a Egipto por José y María, de donde Dios lo “llamó” para regresar a la Tierra Sagrada después de la muerte del malvado rey Herodes [el Grande] (**Mateo 2: 13-21**). Y cuando José y María regresaron a Israel con el niño Jesús, se establecieron en Nazaret, la ciudad donde el Señor fue criado. Por consiguiente, en Su ministerio Él fue llamado “**Jesús Nazareno**” (**Lucas 18: 37**, **Hechos 2: 22**). ¡No es extraño que, aunque Él nació en Belén, nadie lo llama “Jesús de Belén”, y aunque Él es llamado “**Jesús Nazareno**”, todos saben que Él nació en Belén, y no en Nazaret!

Tony Alamo, El Mesías de acuerdo a la Profecía Bíblica, 47

Término aplicado a Cristo (**Mateo 2: 23**; **Marcos 14: 67**; etc.). Como el pasaje de Mateo habla de Nazaret como la aldea paterna de Jesús, parece que el autor lo usa en el sentido de “habitante de Nazaret”. Sin embargo, su afirmación de que era el cumplimiento de una profecía provoca una dificultad, porque no se la puede encontrar en el Antiguo Testamento. Es posible, por supuesto, que Mateo se refiriera a alguna predicción inspirada que no está contenida en el canon sagrado. Algunos comentaristas han interpretado nazôraîôs como “nazareo”, pero Jesús no fue nazareo (**Mateo 11: 19**; **Lucas 7: 33, 34**; cf. **Números 6: 2-4**). Otros piensan que el término griego se refiere a la profecía mesiánica de **Isaías 11: 1**, que habla del nêtser, “vástago”, y que Nazaret pudo haber derivado su nombre de la raíz de esa palabra (nâtsar).

Diccionario Bíblico Adventista, Nazareno



Una terrible profecía estaba también relacionada con el nacimiento de Jesús: la matanza de los niños inocentes en Belén. Herodes el Grande (sí, ya sé, es poco grato llamarlo así, pero es como lo conoce la historia para diferenciarlos de otros Herodes de su siempre malvada estirpe) se molestó pues se vio burlado por los magos que no volvieron informarle sobre el lugar donde podría hallar al Mesías. Sabiendo que la profecía indicaba a Belén como lugar de nacimiento del Salvador, mandó a matar a todos los niños menores de 2 años.

Así ha dicho Jehová: Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo; Raquel que lamenta por sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron.

Jeremías 31: 15

Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos. Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron.

Mateo 2: 16-18

Herodes esperaba impacientemente en Jerusalén el regreso de los magos. A medida que transcurría el tiempo y ellos no aparecían, se despertaron sus sospechas. La poca voluntad de los rabinos para señalar el lugar del nacimiento del Mesías parecía indicar que se habían dado cuenta de su designio, y que los magos le evitaban a propósito. Este pensamiento le enfurecía. La astucia había fracasado, pero le quedaba el recurso de la fuerza. Iba a hacer un escarmiento en este niño rey. Aquellos altivos judíos verían lo que podían esperar de sus tentativas de poner un monarca en el trono.

Envió inmediatamente soldados a Belén con órdenes de matar a todos los niños menores de dos años. Los tranquilos hogares de la ciudad de David presenciaron aquellas escenas de horror que seis siglos antes habían sido presentadas al profeta. “Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido: Raquel que llora sus hijos; y no quiso ser consolada, porque perecieron”.

Los judíos habían traído esta calamidad sobre sí mismos. Si hubiesen andado con fidelidad y humildad delante de Dios, de alguna manera señalada él habría hecho inofensiva para ellos la ira del rey. Pero se habían separado de Dios por sus pecados, y habían rechazado al Espíritu Santo que era su único escudo. No habían estudiado las Escrituras con el deseo de conformarse a la voluntad de Dios. Habían buscado profecías que pudiesen interpretarse de manera que los exaltaran



y demostraran que Dios despreciaba a todas las demás naciones. Se jactaban orgullosamente de que el Mesías había de venir como Rey, para vencer a sus enemigos y hollar a los paganos en su ira. Así habían excitado el odio de sus gobernantes, y por su falsa presentación de la misión de Cristo, Satanás se había propuesto lograr la destrucción del Salvador; pero en vez de ello, esto se volvió sobre sus cabezas.

Este acto de crueldad fue uno de los últimos que ensombrecieron el reinado de Herodes. Poco después de la matanza de los inocentes, cayó bajo esa mano que nadie puede apartar. Sufrió una muerte horrible [probablemente una enfermedad renal crónica, complicada por la gangrena de Fournier, tan dolorosa que según Josefo intentó suicidarse, sin éxito, aunque algunos historiadores muy posteriores dicen que lo logró en otro intento. Su muerte está datada fehacientemente por un eclipse que ocurrió el 13 de marzo del 4 AC, y se considera que Herodes murió a fines de marzo o en abril de ese año].

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 46, 47

6.4. Vida Pública de Jesús

Las profecías del Antiguo Testamento también apuntaban a la vida pública de Jesús (incluyendo a algunos escasos acontecimientos de su vida en Nazareth como veremos luego) y nos han dejado señales que no pasaron desapercibidas para los evangelistas y otros personajes de su tiempo. El mayor de los profetas, Jesús, el Hijo del Hombre debía venir para revelar a quienes andaban en obscuridad. Se cumpliría la profecía de Dios a Moisés sobre la llegada de este Profeta. Note cómo los evangelistas identificaron a este Profeta con Jesús. En el encuentro de Emaús, después de la resurrección de Jesús, Cleofás habla de Jesús como “**varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo**” así como otros durante su vida, cuando veían las señales (en este caso la multiplicación maravillosa de los panes los peces) decían “**este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo**”.



Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: no vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta.

Deuteronomio 18: 15-19

Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.

Mateo 13: 57

Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron.

Lucas 24: 18-20

Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo.

Juan 6: 14

Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta.

Juan 7: 40

Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han



hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros, primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.

Hechos 3: 22-26

84 veces en el Nuevo Testamento se habla de Jesús como el “Hijo del Hombre”. De las 84 veces, 79 son citas de palabras de Jesús en los evangelios refiriéndose a sí mismo de esta manera, por lo que entiendo que para el Maestro esta era la forma en la que más le gustaba referirse a sí mismo. Esto tiene una razón, como lo hemos estudiado en el tratado sobre la encarnación, Jesús mantendrá durante la eternidad su condición divina-humana, un misterio en el que nos encantará hurgar durante la eternidad sin poder agotarlo. Cuando Daniel ve (en una visión de futuro para él, ya en pasado para nosotros) el inicio del juicio investigador, observa a uno “como un hijo de hombre” que se acerca a Dios, que él identifica como el “Anciano de días”. Es interesante notar que él no dice “un hombre”, ni un ser totalmente identificable como divino, sino alguien semejante a “un hijo de hombre” pues percibía una naturaleza distinta que probablemente la entendía tanto como nosotros hoy, una naturaleza divino-humana.

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

Daniel 7: 13, 14

Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad,

Mateo 13: 41

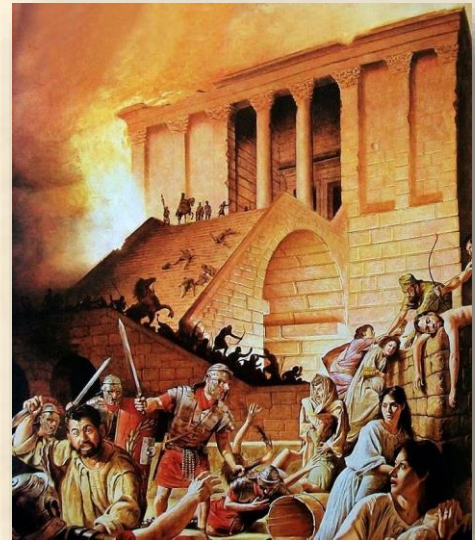
Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

Juan 1: 51

Una profecía del profeta Hageo referente al Mesías resulta sumamente interesante para saber que el tiempo en el que debía venir el Mesías ya pasó (me refiero evidentemente a su primera venida y es un tema muy importante para los judíos). O Jesús es el Mesías prometido y cumplió con el tiempo prefijado o ya no vendrá en el futuro, aunque los judíos piensen que aún vendrá. Me explico. El profeta Hageo habla que Jesús, “el Deseado de todas las gentes” vendría a su templo (se refería al templo que se había reconstruido luego del exilio en Babilonia). Ya el templo de Salomón había sido destruido y un templo de menor calidad había ocupado su lugar. Sin embargo, este templo tendría “gloria postrera” que sería “mayor que la primera” pues a esta casa vendría el Mesías, honor que no tuvo el templo de Salomón.

El segundo templo, de tiempos de Zorobabel, hacia finales del siglo VI AC, fue reconstruido y ampliado por Herodes el Grande que lo mejoró significativamente; por lo que los judíos estaban muy orgullosos de él. Este templo sería destruido totalmente el año 70 DC por las tropas romanas de Tito (muy a pesar de que este trató de preservar el templo) al finalizar el sitio de Jerusalem. Recordemos que Jesús había ya señalado la destrucción del templo en una profecía que había causado estupor entre los apóstoles. El templo, después de esto, nunca más sería reedificado. Por lo tanto, el Mesías debía venir antes del año 70 DC para que esta profecía pudiera cumplirse y además debía purificarlo, como hizo en dos oportunidades.

Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos.



Hageo 2: 6-9

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis



vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.

Malaquías 3: 1, 2

Porque me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí.

Salmos 69: 9

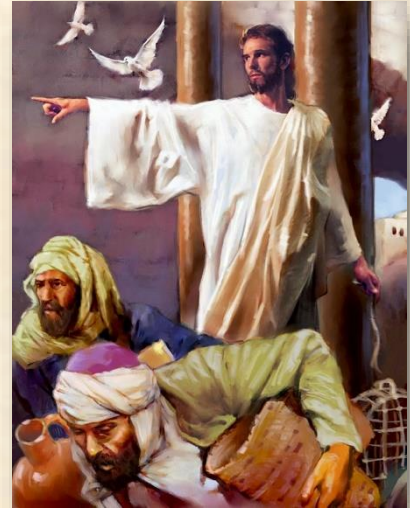
Mi celo me ha consumido, porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras.

Salmos 119: 139

Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.

Juan 2: 13-17

El Mesías tenía que venir mientras todavía estuviera el segundo templo. “Y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos... La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y dará paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos” (**Hageo 2: 7, 9**).



Malaquías confirma esta predicción en **Hageo 2:**

7, 9: “Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a quien vosotros buscáis” (**Malaquías 3: 1**). Esta predicción en Malaquías, así como la de Hageo, no podía ser cumplida después de la destrucción del templo en 70 DC. Así que, si el Mesías había de venir, Él tendría que venir antes de que el templo fuese destruido. **Zacarías 11: 13** también dice que el Mesías tenía que venir antes de la destrucción del templo judío, porque esa predicción habla de las treinta piezas de plata siendo echadas al tesoro en la casa de Jehová. En **Salmo 118: 26**, la pluma profética nos informa que la gente que recibiría al Mesías no solo diría, “Bendito el que viene en el nombre de Jehová”, sino que también diría, “desde la casa de Jehová os bendecimos”, es decir, desde la casa de Jehová la gente lo bendecirá cuando Él venga.

Esto fue hermosamente realizado en la vida de Jesús. Cuando Él se acercó a Jerusalén para Su entrada triunfal, la gente dijo, “¡Bendito Él que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (**Mateo 21: 9**). Podemos leer que Jesús sanó a muchos que estaban ciegos y cojos en el templo (**Mateo 21: 14**). **Mateo 21: 15** nos dice que los muchachos aclamaban en el templo, diciendo, “¡Hosanna al Hijo de David!” Seguramente, “de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza” (**Salmos 8: 2, Mateo 21: 16**). ¡Así que Dios usó niños para cumplir Su predicción dada en **Salmos 118: 26**, la cual dice que el Mesías debería ser bendecido en la casa del Señor!

Hay por lo menos cinco predicciones bíblicas sobre la venida del Mesías que declaran que Él tiene que venir mientras que esté el templo de Jerusalén. Esto es un hecho de gran significado, ya que el templo NO ha sido reedificado desde su destrucción en 70 DC. Estas cinco Escrituras son: **Hageo 2: 7-9, Malaquías 3: 1, Zacarías 11: 13, Daniel 9: 26, y Salmos 118: 26.**

Por consiguiente, la entrada pública de Jesús a Jerusalén y al templo, como está registrada fueron ambas predispuestas y predichas. Fue parte del plan perfecto que predijo del Mesías y Sus actividades, incluyendo cuando Él vendría. Fueron perfectamente cumplidos en los movimientos de Jesús de Nazaret cuando Él vino. (**Mateo 21: 1-16, Marcos 11: 1-10, Lucas 19: 29-40**).

“Y entró Jesús en el templo de Dios... y vinieron a Él en el templo ciegos y cojos, y los sanó...y los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!” (**Mateo 21: 12-15**).

Otras dos Escrituras asombrosas también hablan de esto: una cuenta de cuando el niño Jesús fue llevado al templo por Sus padres, como lo es anotado en **Lucas 2: 25-32**. La otra declara



que cuando Jesús era un joven de doce años de edad, Él estaba “en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley... y todos los que le oían, se maravillaban de Su inteligencia y de Sus respuestas” (**Lucas 2: 46-47**).

¡Después de siglos de esperar, el Mesías vino a Su templo de repente! (**Malaquías 3: 1**). Unos pocos años después, Dios, con un gesto dramático, destruyó el templo y la ciudad de Jerusalén, así como Jesús le había dicho a la gente que Él haría. En el sitio del templo antiguo ahora está situado un altar pagano, la Cúpula de la Roca. ¡La Providencia, por estos hechos significantes, le está diciendo a todos los judíos y a toda la gente en la tierra, que el Mesías ya ha venido! El Mesías tenía que venir 2,000 años atrás, antes de que Dios destruyera el templo en 70 DC a través del general romano, Tito.

Tony Alamo, El Mesías de acuerdo a la Profecía Bíblica, 25-27

Si bien la profecía de Hageo ponía un límite al tiempo de la venida del Mesías, 70 DC (tiempo límite que no era posible definir sino hasta que ocurriese la destrucción del templo), había otras profecías que predecían aún con una mayor exactitud el tiempo de la venida del Salvador y el inicio de su vida pública. La profecía de Daniel 9, que estudiaremos en detalle en otro tratado (sí, se lo prometo) señalaba el año 27 DC como aquel en que el Mesías iniciaría la culminante semana profética de 7 años, y a la mitad de esta haría cesar con su muerte “el sacrificio y la ofrenda”. Existe, por otro lado, en los evangelios, en particular en el de Lucas, información histórica suficiente para establecer también el tiempo aproximado de nacimiento de Jesús y la llegada del que sería enviado para preparar su venida, Juan el Bautista.

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende que, desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.

Daniel 9: 24-27

diciendo: el tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.

Marcos 1: 15

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia,

Lucas 3: 1

El Antiguo Testamento señalaba que el Mesías sería ungido para “predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados”. Cuando Jesús se levantó en la sinagoga de Nazareth para leer la Palabra de Dios cogió el pasaje de Isaías y lo aplicó a sí mismo al decir a la concurrencia “**hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros**”. Al hacerlo no solamente se mostraba como el esperado Mesías, sino también afirmaba su divinidad, razón por la cual los asistentes se llenaron de ira e intentaron despeñarlo.

Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.

Salmos 45: 7

Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.

Isaías 11: 2

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados;

Isaías 61: 1, 2

Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro,



halló el lugar donde estaba escrito: el Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

Lucas 4: 16-21

Cuando viniera el Mesías no solamente iba a compartir nuestra humanidad y sufrir lo que sufrimos, hambre, enfermedad, dolor, cansancio... sino que se iba a preocupar por paliar las enfermedades de la sociedad que le rodeaba. Los discípulos al ver cómo, incansablemente, se dedicaba a sanar a los enfermos y a liberar de su esclavitud a los endemoniados percibieron que esto ocurría en cumplimiento de la profecía de Isaías.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Isaías 53: 4

Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.

Mateo 8: 16, 17

Aunque otra profecía de Isaías aplicaba a la tierra nueva y la restauración de las facultades de quienes habían perdido sus sentidos o habían visto su vida afectada por la enfermedad, Jesús aplicó esta descripción a la obra que Él había venido a realizar y que estas manifestaciones de poder divino eran pruebas de que era Aquel al que su pueblo debía estar esperando. Hizo esto en respuesta a la pregunta del Bautista, al que estando encarcelado injustamente le había asaltado la duda sobre quién era Aquel a quien había reconocido alguna vez como el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Con el mensaje de Jesús su fe se restablecería para afrontar el martirio.

Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.

Isaías 35: 5, 6

Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.

Mateo 11: 4-6

Galilea no era precisamente el mejor lugar para vivir, en especial para vivir una vida de santidad. Había sido elegido aquel lugar por la Providencia para ser el hogar del Salvador durante su vida privada, antes de manifestarse para el cumplimiento de su misión. Lo hizo en una ciudad como Nazareth, que no era conocida precisamente por su santidad, sino exactamente, por lo contrario, como lo atestigua el Registro Sagrado cuando Jesús regresó a predicar a esta ciudad, como mencionamos líneas arriba.

Una profecía de Isaías, sin embargo, señalaba que aquella zona y los lugares donde otrora habitaron las tribus de Zabulón y Neftalí, en los tiempos de Jesús ocupada por una gran cantidad de extranjeros, sería bendecida por la presencia del Salvador. A pesar de la pobreza espiritual de los habitantes de aquella región, el Mesías no vendría, como profetizó Isaías, a apagar "el pábilo que humeare", esto es, a castigarlos por sus pecados, sino a darles una nueva oportunidad de salvación.

Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.

Isaías 9: 1, 2

He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia.

Isaías 42: 1-3

y dejando a Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y



tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció.

Mateo 4: 13-16

para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: He aquí mi siervo, a quien he escogido; Mi Amado, en quien se agrada mi alma; pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará juicio. No contendrá, ni voceará, ni nadie oír en las calles su voz. La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio. Y en su nombre esperarán los gentiles.

Mateo 12: 17-21

Una de las tareas del Mesías sería probar que el hombre podía cumplir (obedecer) la Ley de Dios. Contrariamente a lo que muchos cristianos enseñan hoy, que la Ley ha sido clavada en la cruz, el Salvador por su vida impecable demostró que la obediencia es posible, al mismo tiempo que por la palabra establecía que la Ley permanecería para siempre, como reflejo del carácter de un Dios que no cambia, y la engrandecía, no solamente magnificando su aplicación, sino aclarando el verdadero espíritu de la Ley. Declararía que la grandeza de sus seguidores se vería en su deseo de enseñar la vigencia de la Ley, así como en su deseo de obedecerla, honrarla y engrandecerla a los ojos de todos.

Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla.

Isaías 42: 21

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

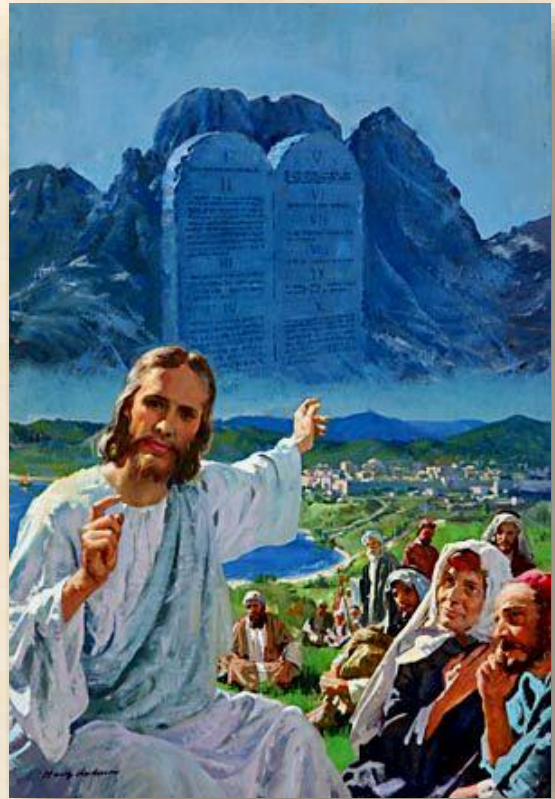
Mateo 5: 17-20

Sabía el Salvador, pues estaba profetizado que el pueblo del que debía esperar adhesión, honra, respaldo sería el que cerraría sus oídos para no oír, y sus ojos para no ver. Encontró frente a sí a un pueblo no dispuesto a escuchar la verdad, ni aceptar un mensaje que les pedía un cambio en su vida, en su forma de relacionarse con su Creador, un mensaje que les pedía abandonar sus pecados y aborrecer a sus más preciados ídolos. Antes, como hoy, serán pocos a los que les pueda decir que “bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen”. No era el deseo de Dios que el pueblo que había separado para ser santo le rechazara, eran los corazones individuales los que resistirían el amoroso llamado de la misericordia.

Y dijo: anda, y di a este pueblo: oíd bien, y no entendáis; ved, por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad.

Isaías 6: 9, 10

Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: de oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los





ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.

Mateo 13: 10-16

No solamente su pueblo lo rechazaría, sino aquellos más cercanos a él, su propia familia no entendería su obra ni el propósito de su venida. Sus propios hermanos no “creían en él” y aún su madre, que había sido testigo de excepción de su encarnación y de la pureza de su vida desde infante hasta hombre, no podía comprender plenamente la tarea que la Divinidad se había autoimpuesto.

Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre.

Salmos 69: 8

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

Isaías 53: 3

A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

Juan 1: 11

Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él.

Juan 7: 1-5



Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. Y se le avisó, diciendo: tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Él entonces respondiendo, les dijo: mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen.

Lucas 8: 19-21

Los hijos de José distaban mucho de tener simpatía por Jesús en su obra. Los informes que llegaban a ellos acerca de su vida y labor los llenaban de asombro y congoja. Oían que pasaba noches enteras en

oración, que durante el día le rodeaban grandes compañías de gente, y que no tomaba siquiera tiempo para comer. Sus amigos estaban convencidos de que su trabajo incesante le estaba agotando; no podían explicar su actitud para con los fariseos, y algunos temían que su razón estuviese vacilando.

Sus hermanos oyeron hablar de esto, y también de la acusación presentada por los fariseos de que echaba los demonios por el poder de Satanás. Sentían agudamente el oprobio que les reportaba su relación con Jesús. Sabían qué tumulto habían creado sus palabras y sus obras, y no sólo estaban alarmados por sus osadas declaraciones, sino que se indignaban porque había denunciado a los escribas y fariseos. Llegaron a la conclusión de que se le debía persuadir y obligar a dejar de trabajar así, e indujeron a María a unirse con ellos, pensando que por amor a ella podrían persuadirle a ser más prudente.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 288

Mientras Jesús estaba todavía enseñando a la gente, sus discípulos trajeron la noticia de que su madre y sus hermanos estaban afuera y deseaban verle. Él sabía lo que sentían ellos en su corazón, y “respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: he aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre”.

Todos los que quisieran recibir a Cristo por la fe iban a estar unidos con él por un vínculo más íntimo que el del parentesco humano. Iban a ser uno con él, como él era uno con el Padre. Al creer



y hacer sus palabras, su madre se relacionaba en forma salvadora con Jesús y más estrechamente que por su vínculo natural con él. Sus hermanos no se beneficiarían de su relación con él a menos que le aceptasen como su Salvador personal.

¡Qué apoyo habría encontrado Jesús en sus parientes terrenales si hubiesen creído en él como enviado del cielo y hubiesen cooperado con él en hacer la obra de Dios! Su incredulidad echó una sombra sobre la vida terrenal de Jesús. Era parte de la amargura de la copa de desgracia que él bebió por nosotros.

El Hijo de Dios sentía agudamente la enemistad encendida en el corazón humano contra el Evangelio, y le resultaba muy dolorosa en su hogar; porque su propio corazón estaba lleno de bondad y amor, y apreciaba la tierna consideración en las relaciones familiares. Sus hermanos deseaban que él cediese a sus ideas, cuando una actitud tal habría estado en completa contradicción con su misión divina. Consideraban que él necesitaba de sus consejos. Le juzgaban desde su punto de vista humano, y pensaban que, si dijera solamente cosas aceptables para los escribas y fariseos, evitaría las controversias desagradables que sus palabras despertaban. Pensaban que estaba loco al pretender que tenía autoridad divina, y al presentarse ante los rabinos como reprensor de sus pecados. Sabían que los fariseos estaban buscando ocasiones de acusarle, y les parecía que ya les había dado bastantes.

Con su medida corta, no podían sondear la misión que había venido a cumplir, y por lo tanto no podían simpatizar con él en sus pruebas. Sus palabras groseras y carentes de aprecio demostraban que no tenían verdadera percepción de su carácter, y que no discernían cómo lo divino se fusionaba con lo humano. Le veían con frecuencia lleno de pesar; pero en vez de consolarle, el espíritu que manifestaban y las palabras que pronunciaban no hacían sino herir su corazón. Su naturaleza sensible era torturada, sus motivos mal comprendidos, su obra mal entendida.

Con frecuencia sus hermanos presentaban la filosofía de los fariseos, antiquísima y gastada, y afectaban creer que podían enseñar a Aquel que comprendía toda la verdad y todos los misterios. Condenaban libremente lo que no podían comprender. Sus reproches le herían en lo vivo y angustiaban su alma. Profesaban tener fe en Dios y creían justificarle, cuando Dios estaba con ellos en la carne y no le conocían.

Estas cosas hacían muy espinosa la senda de Jesús. Tanto se condolía Cristo de la incompreensión que había en su propio hogar, que le era un alivio ir adonde ella no reinaba. Había un hogar que le agradaba visitar: la casa de Lázaro, María y Marta; porque en la atmósfera de fe y amor, su espíritu hallaba descanso. Sin embargo, no había en la tierra nadie que pudiese comprender su misión divina ni conocer la carga que llevaba en favor de la humanidad. Con frecuencia podía hallar descanso únicamente estando a solas y en comunión con su Padre celestial.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 292, 293



Una señal que muchos comprendieron, en su total significado, en el tiempo de Jesús fue cuando, ya cerca del tiempo de ser ofrecido, entró aquel primer día de la semana de la pasión en Jerusalem en aires de triunfo, sentado sobre un pollino. De acuerdo a la tradición, los reyes entraban en la ciudad montados en un pollino.

Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

Zacarías 9: 9

Cuando se acercaron a Jerusalén, y vinieron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, diciéndoles: id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: decid a la hija de Sion: he aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga. Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó; y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima. Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y



las tendían en el camino. Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste? Y la gente decía: este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea.

Mateo 21: 1-11

“Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem: he aquí, tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna”.

Quinientos años antes del nacimiento de Cristo, el profeta Zacarías predijo así la venida del Rey de Israel. Esta profecía se iba a cumplir ahora. El que siempre había rechazado los honores reales iba a entrar en Jerusalén como el prometido heredero del trono de David.

Fue en el primer día de la semana cuando Cristo hizo su entrada triunfal en Jerusalén. Las multitudes que se habían congregado para verle en Betania le acompañaban ansiosas de presenciar su recepción. Mucha gente que iba en camino a la ciudad para observar la Pascua se unió a la multitud que acompañaba a Jesús. Toda la naturaleza parecía regocijarse. Los árboles estaban vestidos de verdor y sus flores comunicaban delicada fragancia al aire. Nueva vida y gozo animaban al pueblo. La esperanza del nuevo reino estaba resurgiendo.

Como quería entrar cabalgando en Jerusalén, Jesús había enviado a dos de sus discípulos para que le trajesen una asna y su pollino. Al tiempo de su nacimiento, el Salvador dependió de la hospitalidad de los extraños. El pesebre en el cual yaciera era un lugar de descanso prestado. Y ahora, aunque le pertenecían los millares de animales en los collados, dependía de la bondad de un extraño para conseguir un animal en el cual entrar en Jerusalén como su Rey. Pero de nuevo su divinidad se reveló, aun en las detalladas indicaciones dadas a sus discípulos respecto a su diligencia. Según lo predijo, la súplica: “**el Señor los ha menester**” fue atendida de buena gana. Jesús escogió para su uso un pollino sobre el cual nunca se había sentado nadie. Con alegre entusiasmo, los discípulos extendieron sus vestidos sobre la bestia y sentaron encima a su Maestro. En ocasiones anteriores, Jesús había viajado siempre a pie, y los discípulos se extrañaban al principio de que decidiese ahora ir cabalgando. Pero la esperanza nació en sus corazones al pensar gozosos que estaba por entrar en la capital para proclamarse rey y hacer valer su autoridad real. Mientras cumplían su diligencia, comunicaron sus brillantes esperanzas a los amigos de Jesús y, despertando hasta lo sumo la expectativa del pueblo, la excitación se extendió lejos y cerca.

Cristo seguía la costumbre de los judíos en cuanto a una entrada real. El animal en el cual cabalgaba era el que montaban los reyes de Israel, y la profecía había predicho que así vendría el Mesías a su reino. No bien se hubo sentado sobre el pollino cuando una algazara de triunfo hendió el aire. La multitud le aclamó como Mesías, como su Rey. Jesús aceptaba ahora el homenaje que nunca antes había permitido que se le rindiera, y los discípulos recibieron esto como una prueba de que se realizarían sus gozosas esperanzas y le verían establecerse en el trono. La multitud estaba convencida de que la hora de su emancipación estaba cerca. En su imaginación, veía a los ejércitos romanos expulsados de Jerusalén, y a Israel convertido una vez más en nación independiente. Todos estaban felices y alborozados; competían unos con otros por rendirle homenaje. No podían exhibir pompa y esplendor exteriores, pero le tributaban la adoración de corazones felices. Eran incapaces de presentarle dones costosos, pero extendían sus mantos como alfombra en su camino, y esparcían también en él ramas de oliva y palmas. No podían encabezar la procesión triunfal con estandartes reales, pero esparcían palmas, emblema natural de victoria, y las agitaban en alto con sonoras aclamaciones y hosannas.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 523, 524

Pero esta entrada majestuosa a Jerusalem, que no hacía presagiar el desenlace de la semana, intentaría ser detenida por los fariseos, que entendían el propósito del pueblo de hacerlo rey y trataron de limitar las alegres manifestaciones de los niños que siguieron a la segunda limpieza (la primera ocurrió 3 años antes) del templo que Jesús realizó al día siguiente de su ingreso triunfal.

Muchos fariseos eran testigos de la escena y, ardiendo de envidia y malicia, procuraron cambiar la corriente del sentimiento popular. Con toda su autoridad trataron de imponer silencio al pueblo; pero sus exhortaciones y amenazas no hacían sino acrecentar el entusiasmo. Temían que esa multitud, por la fuerza del número, hiciera rey a Jesús. Como último recurso, se abrieron paso a través del gentío hasta donde estaba el Salvador, y se dirigieron a él con palabras de reprobación y amenazas: “**Maestro, reprende a tus discípulos**”. Declararon que tan ruidosa demostración era contraria a la ley, y que no sería permitida por las autoridades. Pero fueron reducidos al silencio por la respuesta de Jesús: “**Os digo que, si éstos callaren, las piedras clamarán**”. Tal escena de triunfo estaba determinada por Dios mismo. Había sido predicha por el profeta, y el hombre era incapaz de desviar el propósito de Dios. Si los hombres no hubiesen cumplido el plan de Dios, él habría dado voz a las piedras inanimadas y ellas habrían saludado a su Hijo con aclamaciones de alabanza. Cuando los fariseos, reducidos al silencio, se apartaron, miles de voces repitieron las palabras de



Zacarías: “Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem: he aquí, tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 527

De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo.

Salmos 8: 2

Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis: de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?

Mateo 21: 15, 16

De nuevo la mirada penetrante de Jesús recorrió los profanados atrios del templo. Todos los ojos se fijaron en él. Los sacerdotes y gobernantes, los fariseos y gentiles, miraron con asombro y temor reverente al que estaba delante de ellos con la majestad del Rey del cielo. La divinidad fulguraba a través de la humanidad, invistiendo a Cristo con una dignidad y gloria que nunca antes había manifestado. Los que estaban más cerca se alejaron de él tanto como el gentío lo permitía. Exceptuando a unos pocos discípulos suyos, el Salvador quedó solo. Se acalló todo sonido. El profundo silencio parecía insoportable. Cristo habló con un poder que influyó en el pueblo como una poderosa tempestad: “Escrito está: mi casa, casa de oración será llamada, mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho”. Su voz repercutió por el templo como trompeta. El desagrado de su rostro parecía fuego consumidor. Ordenó con autoridad: “quitad de aquí esto”.

Tres años antes, los gobernantes del templo se habían avergonzado de su fuga ante el mandato de Jesús. Se habían asombrado después de sus propios temores y de su implícita obediencia a un solo hombre humilde. Habían sentido que era imposible que se repitiera su humillante sumisión. Sin embargo, estaban ahora más aterrados que entonces y se apresuraron más aún a obedecer su mandato. No había nadie que osara discutir su autoridad. Los sacerdotes y traficantes huyeron de su presencia arreando su ganado.

Al alejarse del templo se encontraron con una multitud que venía con sus enfermos en busca del gran Médico. El informe dado por la gente que huía indujo a algunos de ellos a volverse. Temieron encontrarse con uno tan poderoso, cuya simple mirada había echado de su presencia a los sacerdotes y gobernantes. Pero muchos de ellos se abrieron paso entre el gentío que se precipitaba, ansiosos de llegar a Aquel que era su única esperanza. Cuando la multitud huyó del templo, muchos quedaron atrás. Estos se unieron ahora a los que acababan de llegar. De nuevo se llenaron los atrios del templo de enfermos e inválidos, y una vez más Jesús los atendió.

Después de un rato, los sacerdotes y gobernantes se atrevieron a volver al templo. Cuando el pánico hubo pasado, los sobrecogió la ansiedad de saber cuál sería el siguiente paso de Jesús. Esperaban que tomara el trono de David. Volviendo quedamente al templo, oyeron las voces de hombres, mujeres y niños que alababan a Dios. Al entrar, quedaron estupefactos ante la maravillosa escena. Vieron sanos a los enfermos, con vista a los ciegos, con oído a los sordos, y a los tullidos saltando de gozo. Los niños eran los primeros en regocijarse. Jesús había sanado sus enfermedades; los había estrechado en sus brazos, había recibido sus besos de agradecido afecto, y algunos de ellos se habían dormido sobre su pecho mientras él enseñaba a la gente. Ahora con alegres voces los niños pregonaban sus alabanzas. Repetían los hosannas del día anterior y agitaban triunfalmente palmas ante el Salvador. En el templo, repercutían repetidas veces sus aclamaciones: “Bendito el que viene en nombre de Jehová”. “He aquí, tu rey vendrá a ti, justo y salvador”. “¡Hosanna al Hijo de David!”

Oír estas voces libres y felices ofendía a los gobernantes del templo, quienes decidieron poner coto a esas demostraciones. Dijeron al pueblo que la casa de Dios era profanada por los pies de los niños y los gritos de regocijo. Al notar que sus palabras no impresionaban al pueblo, los gobernantes recurrieron a Cristo: “¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dice: sí: ¿nunca leísteis: de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?” La profecía había predicho que Cristo sería proclamado rey, y esa predicción debía cumplirse. Los sacerdotes y gobernantes de Israel rehusaron proclamar su gloria, y Dios indujo a los niños a ser sus testigos. Si las voces de los niños hubiesen sido acalladas, las mismas columnas del templo habrían pregonado las alabanzas del Salvador.

Los fariseos estaban enteramente perplejos y desconcertados. Uno a quien no podían intimidar ejercía el mando. Jesús había señalado su posición como guardián del templo. Nunca antes había asumido esa clase de autoridad. Nunca antes habían tenido sus palabras y obras tan gran poder. Él había efectuado obras maravillosas en toda Jerusalén, pero nunca antes de una manera tan solemne e impresionante. En presencia del pueblo que había sido testigo de sus obras



maravillosas, los sacerdotes y gobernantes no se atrevieron a manifestarle abierta hostilidad. Aunque airados y confundidos por su respuesta, fueron incapaces de realizar cualquier cosa adicional ese día.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 541-543

Los líderes espirituales de Israel, quienes debían en aquel tiempo haber reconocido al Mesías, lo desecharon como había anticipado la inspiración. Jesús mismo habló de este rechazo utilizando el símbolo de la piedra desechada por los edificadores que se convertiría en la piedra “de ángulo”. Esta Piedra, una Roca sobre la que Dios edificaría la iglesia, colocando “piedras vivas” para construir una “casa espiritual”. Jesús presentó el cumplimiento de esta profecía luego que los fariseos respondieron cuál sería el destino de los labradores malvados luego que Jesús les interrogara después de narrar la parábola. Habían pronunciado su propia sentencia, así como la de quienes rechacen la Piedra que Dios escogió.

La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos.

Salmos 118: 22, 23

Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: la piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo? ¿El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto, os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él.

Mateo 21: 42, 43

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: he aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.

1 Pedro 2: 4-8

Mirándolos con piedad, el Salvador continuó: “¿Nunca leísteis en las Escrituras: la piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue hecha por cabeza de esquina: por el Señor es hecho esto, y es cosa maravillosa en nuestros ojos? Por tanto, os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que haga los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará”.

Los judíos habían repetido a menudo esta profecía en las sinagogas aplicándola al Mesías venidero. Cristo era la piedra del ángulo de la dispensación judaica y de todo el plan de la salvación. Los edificadores judíos, los sacerdotes y gobernantes de Israel, estaban rechazando ahora esta piedra fundamental. El Salvador les llamó la atención a las profecías que debían mostrarles su peligro. Por todos los medios a su alcance procuró exponerles la naturaleza de la acción que estaban por realizar.

Y sus palabras tenían otro propósito. Al hacer la pregunta: “Cuando viniere el Señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?” Cristo se proponía que los fariseos contestaran como lo hicieron. Quería que ellos mismos se condenaran. Al no inducirlos al arrepentimiento, sus amonestaciones sellarían su sentencia, y él deseaba que ellos vieran que se habían acarreado su propia ruina. Él quería mostrarles cuán justo era Dios al privarlos de sus privilegios nacionales, cosa que ya había empezado, y terminaría no solamente con la destrucción de su templo y ciudad, sino con la dispersión de la nación.

Los oyentes comprendieron la amonestación. Pero a pesar de la sentencia que habían pronunciado sobre sí mismos, los sacerdotes y gobernantes estaban dispuestos a completar el cuadro diciendo: “Este es el heredero; venid, matémosle”. “Y buscando cómo echarle mano, temieron al pueblo”, porque el sentimiento popular estaba en favor de Cristo.

Al citar la profecía de la piedra rechazada, Cristo se refirió a un acontecimiento verídico de la historia de Israel. El incidente estaba relacionado con la edificación del primer templo. Si bien es cierto que tuvo una aplicación especial en ocasión del primer advenimiento de Cristo, y debiera haber impresionado con una fuerza especial a los judíos, tiene también una lección para nosotros. Cuando se levantó el templo de Salomón, las inmensas piedras usadas para los muros y el fundamento habían sido preparadas por completo en la cantera. De allí se las traía al lugar de la edificación, y no había necesidad de usar herramientas con ellas; lo único que tenían que hacer los obreros era colocarlas en su lugar. Se había traído una piedra de un tamaño poco común y de una forma peculiar para ser usada en el fundamento; pero los obreros no podían encontrar lugar para ella, y no querían



aceptarla. Era una molestia para ellos mientras quedaba abandonada en el camino. Por mucho tiempo, permaneció rechazada. Pero cuando los edificadores llegaron al fundamento de la esquina, buscaron mucho tiempo una piedra de suficiente tamaño y fortaleza, y de la forma apropiada para ocupar ese lugar y soportar el gran peso que había de descansar sobre ella. Si hubiesen escogido erróneamente la piedra de ese lugar, hubiera estado en peligro todo el edificio. Debían encontrar una piedra capaz de resistir la influencia del sol, de las heladas y la tempestad. Se habían escogido diversas piedras en diferentes oportunidades, pero habían quedado desmenuzadas bajo la presión del inmenso peso. Otras no podían soportar el efecto de los bruscos cambios atmosféricos. Pero al fin la atención de los edificadores se dirigió a la piedra por tanto tiempo rechazada. Había quedado expuesta al aire, al sol y a la tormenta, sin revelar la más leve rajadura. Los edificadores la examinaron. Había soportado todas las pruebas menos una. Si podía soportar la prueba de una gran presión, la aceptarían como piedra de esquina. Se hizo la prueba. La piedra fue aceptada, se la llevó a la posición asignada y se encontró que ocupaba exactamente el lugar. En visión profética, se le mostró a Isaías que esta piedra era un símbolo de Cristo.

Él dice: “A Jehová de los ejércitos, a él santificad: sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo. Entonces él será por santuario; mas a las dos casas de Israel por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalem. Y muchos tropezarán entre ellos, y caerán, y serán quebrantados: enredaránse, y serán presos”. Conduciéndoselo en visión profética al primer advenimiento, se le mostró al profeta que Cristo había de soportar aflicciones y pruebas de las cuales era un símbolo el trato dado a la piedra principal del ángulo del templo de Salomón. “Por tanto, el Señor Jehová dice así: he aquí que yo fundo en Sión una piedra, piedra de fortaleza, de esquina, de precio, de cimiento estable: el que creyere, no se apresure”.

En su sabiduría infinita, Dios escogió la piedra fundamental, y la colocó él mismo. La llamó “cimiento estable”. El mundo entero puede colocar sobre él sus cargas y pesares; puede soportarlos todos. Con perfecta seguridad, pueden todos edificar sobre él. Cristo es una “piedra probada”. Nunca chasquea a los que confían en él. Él ha soportado la carga de la culpa de Adán y de su posteridad, y ha salido más que vencedor de los poderes del mal. Ha llevado las cargas arrojadas sobre él por cada pecador arrepentido. En Cristo ha hallado alivio el corazón culpable. Él es el fundamento estable. Todo el que deposita en él su confianza, descansa perfectamente seguro.

En la profecía de Isaías se declara que Cristo es un fundamento seguro y a la vez una piedra de tropiezo. El apóstol Pedro, escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo, muestra claramente para quiénes es Cristo una piedra fundamental, y para quiénes una roca de escándalo:

“Si empero habéis gustado que el Señor es benigno; al cual, allegándoos, piedra viva, reprobada cierto de los hombres, empero elegida de Dios, preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: he aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será confundido. Ella es pues honor a vosotros que creéis: mas para los desobedientes, la piedra que los edificadores reprobaron, ésta fue hecha la cabeza del ángulo; y piedra de tropiezo, y roca de escándalo a aquellos que tropiezan en la palabra, siendo desobedientes”.

Para todos los que creen, Cristo es el fundamento seguro. Estos son los que caen sobre la Roca y son quebrantados. Así se representan la sumisión a Cristo y la fe en él. Caer sobre la Roca y ser quebrantado es abandonar nuestra justicia propia e ir a Cristo con la humildad de un niño, arrepentidos de nuestras transgresiones y creyendo en su amor perdonador. Y es asimismo por la fe y la obediencia cómo edificamos sobre Cristo como nuestro fundamento.

Sobre esta piedra viviente pueden edificar por igual los judíos y los gentiles. Es el único fundamento sobre el cual podemos edificar con seguridad. Es bastante ancho para todos y bastante fuerte para soportar el peso y la carga del mundo entero. Y por la comunión con Cristo, la piedra viviente, todos los que edifican sobre este fundamento llegan a ser piedras vivas. Muchas personas se modelan, pulen y hermosean por sus propios esfuerzos, pero no pueden llegar a ser “piedras vivas”, porque no están en comunión con Cristo. Sin esta comunión, el hombre no puede salvarse. Sin la vida de Cristo en nosotros, no podemos resistir los embates de la tentación. Nuestra seguridad eterna depende de nuestra edificación sobre el fundamento seguro. Multitudes están edificando hoy sobre fundamentos que no han sido probados. Cuando caiga la lluvia, breme la tempestad y vengan las crecientes, su casa caerá porque no está fundada sobre la Roca eterna, la principal piedra del ángulo, Cristo Jesús.

“A aquellos que tropiezan en la palabra, siendo desobedientes”, Cristo es una roca de escándalo. Pero “la piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue hecha por cabeza de esquina”. Como la piedra rechazada, Cristo soportó en su misión terrenal el desdén y el ultraje. Fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto... fue menospreciado, y no lo estimamos”. Pero estaba cerca el tiempo en que había de ser glorificado.



Por su resurrección, había de ser “**declarado Hijo de Dios con potencia**”. En su segunda venida, habría de revelarse como Señor del cielo y de la tierra. Aquellos que estaban ahora por crucificarle, tendrían que reconocer su grandeza. Ante el universo, la piedra rechazada vendría a ser cabeza del ángulo.

“**Y sobre quien ella cayere, le desmenuzará**”. El pueblo que rechazó a Cristo, iba a ver pronto su ciudad y su nación destruidas. Su gloria había de ser deshecha y disipada como el polvo delante del viento. ¿Y qué destruyó a los judíos? Fue la roca que hubiera constituido su seguridad si hubiesen edificado sobre ella. Fue la bondad de Dios que habían despreciado, la justicia que habían menospreciado, la misericordia que habían descuidado. Los hombres se opusieron resueltamente a Dios, y todo lo que hubiera sido su salvación fue su ruina. Todo lo que Dios ordenó para que vivieran, les resultó causa de muerte. En la crucifixión de Cristo por los judíos, estaba envuelta la destrucción de Jerusalén. La sangre vertida en el Calvario fue el peso que los hundió en la ruina para este mundo y el venidero. Así será en el gran día final, cuando se pronuncie sentencia sobre los que rechazan la gracia de Dios. Cristo, su roca de escándalo, les parecerá entonces una montaña vengadora. La gloria de su rostro, que es vida para los justos, será fuego consumidor para los impíos. Por causa del amor rechazado, la gracia menospreciada, el pecador será destruido.

Mediante muchas ilustraciones y repetidas amonestaciones, Jesús mostró cuál sería para los judíos el resultado de rechazar al Hijo de Dios. Por estas palabras, él se estaba dirigiendo a todos los que en cada siglo rehúsan recibirle como su Redentor. Cada amonestación es para ellos. El templo profanado, el hijo desobediente, los falsos labradores, los edificadores insensatos, tienen su contraparte en la experiencia de cada pecador. A menos que el pecador se arrepienta, la sentencia que aquellos anunciaron será suya.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 548-552

Pocos serían los que creerían esto, como también lo había anunciado la profecía. Pocos aceptarían que el hijo del carpintero de Nazareth era a Quien habían estado esperando por siglos. Lamentablemente al desconocer de quien se trataba, iban a dar cumplimiento a muchas profecías escritas desde casi un milenio antes sobre la muerte del Enviado.

**¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?
Isaías 53: 1**

Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

Juan 12: 37, 38

6.5. Detención y Juicio del Mesías

Siempre me ha maravillado la forma en la que Dios nos ha conducido para comprender mejor el plan de la salvación y el amor inconmensurable que lo impulsa. Una de las formas en que lo ha hecho ha sido a través de la prueba de Abraham. Dios le pide a Abraham que le entregue a su hijo en sacrificio, no le da las razones, solamente que lo haga. Le dice sí que debía ir a la tierra de Moriah y ofrecerlo “**en holocausto sobre uno de los montes**” que luego le diría. Moriah no estaba cerca de donde el patriarca vivía, se requería caminar varios días con la agonía de saber que al final de la ruta debería sacrificar al hijo que tanto amaba.

Es interesante notar que la Palabra de Dios dice al “**tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos**” todavía debía caminar casi un día más. Pienso que cuando llegó al lugar del sacrificio habían pasado tres días y medio, así como tres años y medio (día por año según el método de cálculo de los tiempos proféticos) tuvo que esperar el Padre para sacrificar a su hijo desde que fue ungido por Juan como el “**Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**”. Pero además debía ofrecer a Isaac en el mismo lugar donde casi 2 milenios después el Hijo del Hombre sería ofrecido, en una de las colinas del Moriah, en el Monte Calvario, en una de las cuales estaba edificado el templo de Jerusalem, construido casi un milenio antes por Salomón. Sí, ¡es fantástico! ¿verdad? En ese monte, Dios se proveería “**de cordero para el holocausto**”.

Dios no le pidió a Abraham nada que Él no estuviera dispuesto a hacer, pero allí, en ese mismo monte, dos milenios después no habría una mano que detendría al Padre para sacrificar a su Hijo, no habría un carnero de reemplazo, Jesús era el poderoso carnero provisto en el monte... ¡Alabado seas siempre, oh Dios, por tu infinita misericordia!

Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus



ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros. Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: padre mío. Y él respondió: heme aquí, mi hijo. Y él dijo: he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos. Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: heme aquí. Y dijo: no extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único. Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto, se dice hoy: en el monte de Jehová será provisto.

Génesis 22: 1-14

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3: 16

Comenzó Salomón a edificar la casa de Jehová en Jerusalén, en el monte Moriah, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Orán jebuseo.

2 Crónicas 3: 1

Fue para grabar en la mente de Abrahán la realidad del Evangelio, así como para probar su fe, por lo que Dios le mandó sacrificar a su hijo. La agonía que sufrió durante los aciagos días de aquella terrible prueba fue permitida para que comprendiera por su propia experiencia algo de la grandeza del sacrificio hecho por el Dios infinito en favor de la redención del hombre. Ninguna otra prueba podría haber causado a Abrahán tanta angustia como la que le causó el ofrecer a su hijo.

Dios dio a su Hijo para que muriera en la agonía y la vergüenza. A los ángeles que presenciaron la humillación y la angustia del Hijo de Dios, no se les permitió intervenir

como en el caso de Isaac. No hubo voz que clamara: "¡Basta!" El Rey de la gloria dio su vida para salvar a la raza caída. ¿Qué mayor prueba se puede dar del infinito amor y de la compasión de Dios? "El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" **Romanos 8: 32.**

El sacrificio exigido a Abrahán no fue sólo para su propio bien ni tampoco exclusivamente para el beneficio de las futuras generaciones; sino también para instruir a los seres sin pecado del cielo y de otros mundos. El campo de batalla entre Cristo y Satanás, el terreno en el cual se desarrolla el plan de la redención, es el libro de texto del universo. Por haber demostrado Abrahán falta de fe en las promesas de Dios, Satanás le había acusado ante los ángeles y ante Dios de no ser digno de sus bendiciones. Dios deseaba probar la lealtad de su siervo ante todo el cielo, para demostrar que no se puede aceptar algo inferior a la obediencia perfecta y para revelar más plenamente el plan de la salvación.

Los seres celestiales fueron testigos de la escena en que se probaron la fe de Abrahán y la sumisión de Isaac. La prueba fue mucho más severa que la impuesta a Adán. La obediencia a la prohibición hecha a nuestros primeros padres no entrañaba ningún sufrimiento; pero la orden dada a Abrahán exigía el más atroz sacrificio. Todo el cielo presenció, absorto y maravillado, la intachable obediencia de Abrahán. Todo el cielo aplaudió su fidelidad. Se demostró que las acusaciones de Satanás eran falsas. Dios declaró a su siervo: "Ya conozco que temes a Dios [a pesar de las denuncias de Satanás], pues que no me rehusaste tu hijo, tu único". El pacto de Dios, confirmado a Abrahán mediante un juramento ante los seres de los otros mundos, atestiguó que la obediencia será premiada.

Había sido difícil aun para los ángeles comprender el misterio de la redención, entender que el Soberano del cielo, el Hijo de Dios, debía morir por el hombre culpable. Cuando a Abrahán se le mandó ofrecer a su hijo en sacrificio, se despertó el interés de todos los seres celestiales. Con



intenso fervor, observaron cada paso dado en cumplimiento de ese mandato. Cuando a la pregunta de Isaac: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?” Abrahán contestó: “Dios se proveerá de cordero;” y cuando fue detenida la mano del padre en el momento mismo en que estaba por sacrificar a su hijo y el carnero que Dios había provisto fue ofrecido en lugar de Isaac, entonces se derramó luz sobre el misterio de la redención, y aun los ángeles comprendieron más claramente las medidas admirables que había tomado Dios para salvar al hombre.

Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 150, 151

La profecía también establecía que el Mesías sería traicionado por alguien muy cercano, por un amigo, por uno en quien confiaba, que compartía el pan con él. Esto es muy interesante, pues Jesús identifica al traidor con aquel que mojaba su pan junto con Él durante la última cena. El traidor debía ser alguien cercano, no un enemigo abierto, sino un “íntimo”, con quien el Salvador se agradaba de estar. Además, el traidor sería “recompensado” por su despreciable traición con “treinta piezas de plata”. Sin embargo, el relato inspirado predecía que el dinero recibido por la traición iría a parar al templo, a “la casa de Jehová al tesoro”.

En la cita del evangelio de Mateo que incluimos aquí, al final de este conjunto, el ex publicano confunde al profeta Zacarías con Jeremías, y pienso que probablemente confunde también la compra de una heredad por parte de este profeta en Anatot. Pero lo cierto es que el profeta Zacarías (en quien Mateo pensó y citó) predijo el pago de treinta piezas de plata por la traición y el retorno del pago al templo, que luego sirvió para la compra del Campo de Sangre.



Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.

Salmos 41: 9

Porque no me afrentó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, porque me hubiera ocultado de él; sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía, y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios.

Salmos 55: 12-14

Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa de Jehová al tesoro.

Zacarías 11: 12, 13

Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.

Mateo 26: 14-16

Y mientras comían, dijo: De cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. Y entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor? Entonces él respondiendo, dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar. A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido. Entonces respondiendo Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Le dijo: Tú lo has dicho.

Mateo 26: 21-25

Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó. Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: Campo de sangre. Así se cumplió



lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.

Mateo 27: 3-10

El judaísmo aún espera a un mesías en el futuro. En su enfoque, alejado de la realidad, por cierto, suponían la llegada de un mesías triunfador ignorando los pesares que el Mesías debía enfrentar y que el Registro Sagrado presenta ampliamente. La Santa Biblia muestra, en particular en el libro del profeta Isaías la condición sufriente del Mesías, una tristeza y dolor que se acentuó evidentemente con el avance de su vida pública, y en especial en las etapas finales de su vida, en las que enfrentó largas horas de agonía espiritual por el abismo que se abría entre Él y su Padre, al recibir la carga de los pecados del mundo.

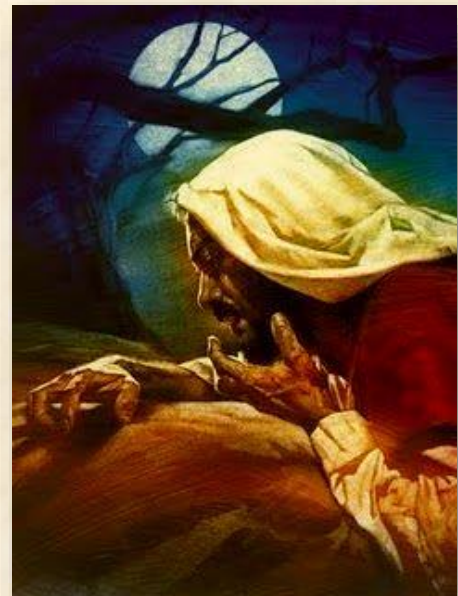
Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

Isaías 53: 3

Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.

Mateo 26: 37, 38

Jesús había estado conversando fervientemente con sus discípulos e instruyéndolos; pero al acercarse a Getsemaní se fue sumiendo en un extraño silencio. Con frecuencia, había visitado este lugar para meditar y orar; pero nunca con un corazón tan lleno de tristeza como esta noche de su última agonía. Toda su vida en la tierra, había andado en la presencia de Dios. Mientras se hallaba en conflicto con hombres animados por el mismo espíritu de Satanás, pudo decir: “El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre”. Pero ahora le parecía estar excluido de la luz de la presencia sostenedora de Dios. Ahora se contaba con los transgresores. Debía llevar la culpabilidad de la humanidad caída. Sobre el que no conoció pecado, debía ponerse la iniquidad de todos nosotros. Tan terrible le parece el pecado, tan grande el peso de la culpabilidad que debe llevar, que está tentado a temer que quedará privado para siempre del amor de su Padre. Sintiendo cuán terrible es la ira de Dios contra la transgresión, exclama: “Mi alma está muy triste hasta la muerte”.



Al acercarse al huerto, los discípulos notaron el cambio de ánimo en su Maestro. Nunca antes le habían visto tan completamente triste y callado. Mientras avanzaba, esta extraña tristeza se iba ahondando; pero no se atrevían a interrogarle acerca de la causa. Su cuerpo se tambaleaba como si estuviese por caer. Al llegar al huerto, los discípulos buscaron ansiosamente el lugar donde solía retraerse, para que su Maestro pudiese descansar. Cada paso le costaba un penoso esfuerzo. Dejaba oír gemidos como si le agobiase una terrible carga. Dos veces le sostuvieron sus compañeros, pues sin ellos habría caído al suelo.

Cerca de la entrada del huerto, Jesús dejó a todos sus discípulos, menos tres, rogándoles que orasen por sí mismos y por él. Acompañado de Pedro, Santiago y Juan, entró en los lugares más retirados. Estos tres discípulos eran los compañeros más íntimos de Cristo. Habían contemplado su gloria en el monte de la transfiguración; habían visto a Moisés y Elías conversar con él; habían oído la voz del cielo; y ahora en su grande lucha Cristo deseaba su presencia inmediata. Con frecuencia habían pasado la noche con él en este retiro. En esas ocasiones, después de unos momentos de vigilia y oración, se dormían apaciblemente a corta distancia de su Maestro, hasta que los despertaba por la mañana para salir de nuevo a trabajar. Pero ahora deseaba que ellos pasasen la noche con él en oración. Sin embargo, no podía sufrir que aun ellos presenciasen la agonía que iba a soportar.

“Quedaos aquí—dijo, — y velad conmigo”.

Fue a corta distancia de ellos—no tan lejos que no pudiesen verle y oírle—y cayó postrado en el suelo. Sentía que el pecado le estaba separando de su Padre. La sima era tan ancha, negra y



profunda que su espíritu se estremecía ante ella. No debía ejercer su poder divino para escapar de esa agonía. Como hombre, debía sufrir las consecuencias del pecado del hombre. Como hombre, debía soportar la ira de Dios contra la transgresión.

Cristo asumía ahora una actitud diferente de la que jamás asumiera antes. Sus sufrimientos pueden describirse mejor en las palabras del profeta: “**Levántate, oh espada, sobre el pastor, y sobre el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos**”. Como sustituto y garante del hombre pecaminoso, Cristo estaba sufriendo bajo la justicia divina. Veía lo que significaba la justicia. Hasta entonces había obrado como intercesor por otros; ahora anhelaba tener un intercesor para sí.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 636, 637

Aunque algunos de los discípulos, en especial Pedro, habían dicho que se enfrentarían a los que quisieran hacer daño a Jesús (al menos dos presentaron sus espadas) cuando llegó el momento aciago de la detención del Maestro en el huerto de Getsemaní, todos actuaron como lo había predicho la profecía: “**todos los discípulos, dejándole, huyeron**”. ¿Sabe? En realidad, yo no los culpo, pues para hacerlo tendría que ser capaz de decir que hubiera enfrentado la posibilidad de la detención y eventualmente la muerte, como ocurrió con Jesús y no estoy seguro de ser ejemplo de valor o lealtad para nadie, menos para los buenos discípulos que seguramente amaban al Maestro y que se habrán arrepentido luego de ese momento de debilidad. Ellos estaban muy seguros de su supuesta fortaleza de ánimo, y eso sí es un problema, a pesar que el Señor les había dicho que todos se escandalizarían de Él esa noche. Debieron haber orado cuando Jesús se los pidió...



Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos.

Zacarías 13: 7

Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas.

Mateo 26: 31

Mas todo esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.

Mateo 26: 56

La Inspiración también nos adelantó que en el juicio injusto al Mesías sus acusadores buscarían testimonios falsos para incriminarle, pues no podían encontrar en su vida nada que justificar su odio, ni mucho menos su deseo de matarlo.

Se levantan testigos malvados; de lo que no sé me preguntan;

Salmos 35: 11

Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban. Pero al fin vinieron dos testigos falsos,

Mateo 26: 59, 60

El Salvador puso en contraste su propia manera de obrar con los métodos de sus acusadores. Durante meses le habían estado persiguiendo, procurando entramparle y emplazarle ante un tribunal secreto, donde mediante el perjurio pudiesen obtener lo que les era imposible conseguir por medios justos. Ahora estaban llevando a cabo su propósito. El arresto a medianoche por una turba, las burlas y los ultrajes que se le infligieron antes que fuese condenado, o siquiera acusado, eran la manera de actuar de ellos, y no de él. Su acción era una violación de la ley. Sus propios reglamentos declaraban que todo hombre debía ser tratado como inocente hasta que su culpabilidad fuese probada. Por sus propios reglamentos, los sacerdotes estaban condenados.

Volviéndose hacia su examinador, Jesús dijo: “**¿Qué me preguntas a mí?**” ¿Acaso los sacerdotes y gobernantes no habían enviado espías para vigilar sus movimientos e informarlos de



todas sus palabras? ¿No habían estado presentes en toda reunión de la gente y llevado información a los sacerdotes acerca de todos sus dichos y hechos? “Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado—replicó Jesús: —he aquí, éstos saben lo que yo he dicho”.

Annás quedó acallado por la decisión de la respuesta. Temiendo que Cristo dijese acerca de su conducta algo que él prefería mantener encubierto, nada más le dijo por el momento. Uno de sus oficiales, lleno de ira al ver a Annás reducido al silencio, hirió a Jesús en la cara diciendo: “¿Así respondes al pontífice?”

Cristo replicó serenamente: “Si he hablado mal, da testimonio del mal: y si bien, ¿por qué me hieres?” No pronunció hirientes palabras de represalia. Su serena respuesta brotó de un corazón sin pecado, paciente y amable, a prueba de provocación.

Cristo sufrió intensamente bajo los ultrajes y los insultos. En manos de los seres a quienes había creado y en favor de los cuales estaba haciendo un sacrificio infinito, recibió toda indignidad. Y sufrió en proporción a la perfección de su santidad y su odio al pecado. El ser interrogado por hombres que obraban como demonios, le era un continuo sacrificio. El estar rodeado por seres humanos bajo el dominio de Satanás le repugnaba. Y sabía que, en un momento, con un fulgor de su poder divino podía postrar en el polvo a sus crueles atormentadores. Esto le hacía tanto más difícil soportar la prueba.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 648, 649

Nada había dicho Cristo que pudiese dar ventaja a sus acusadores, y sin embargo estaba atado para indicar que estaba condenado. Debía haber, sin embargo, una apariencia de justicia. Era necesario que se viese una forma de juicio legal. Las autoridades estaban resueltas a apresurarlo. Conocían el aprecio que el pueblo tenía por Jesús, y temían que, si cundía la noticia de su arresto, se intentase rescatarle. Además, si no se realizaba en seguida el juicio y la ejecución, habría una demora de una semana por la celebración de la Pascua. Esto podría desbaratar sus planes. Para conseguir la condenación de Jesús, dependían mayormente del clamor de la turba, formada en gran parte por el populacho de Jerusalén. Si se produjese una demora de una semana, la agitación disminuiría, y probablemente se produciría una reacción. La mejor parte del pueblo se decidiría en favor de Cristo; muchos darían un testimonio que le justificaría, sacando a luz las obras poderosas que había hecho. Esto excitaría la indignación popular contra el Sanedrín. Sus procedimientos quedarían condenados y Jesús sería libertado, y recibiría nuevo homenaje de las multitudes. Los sacerdotes y gobernantes resolvieron, pues, que antes que se conociese su propósito, Jesús fuese entregado a los romanos.

Pero, ante todo, había que hallar una acusación. Hasta aquí, nada habían ganado. Annás ordenó que Jesús fuese llevado a Caifás. Este pertenecía a los saduceos, algunos de los cuales eran ahora los más encarnizados enemigos de Jesús. El mismo, aunque carecía de fuerza de carácter, era tan severo, despiadado e inescrupuloso como Annás. No dejaría sin probar medio alguno de destruir a Jesús. Era ahora de madrugada y muy oscuro; así que, a la luz de antorchas y linternas, el grupo armado se dirigió con su preso al palacio del sumo sacerdote. Allí, mientras los miembros del Sanedrín se reunían, Annás y Caifás volvieron a interrogar a Jesús, pero sin éxito.

Cuando el concilio se hubo congregado en la sala del tribunal, Caifás tomó asiento como presidente. A cada lado estaban los jueces y los que estaban especialmente interesados en el juicio. Los soldados romanos se hallaban en la plataforma situada más abajo que el solio a cuyo pie estaba Jesús. En él se fijaban las miradas de toda la multitud. La excitación era intensa. En toda la muchedumbre, él era el único que sentía calma y serenidad. La misma atmósfera que le rodeaba parecía impregnada de influencia santa.

Caifás había considerado a Jesús como su rival. La avidez con que el pueblo oía al Salvador y la aparente disposición de muchos a aceptar sus enseñanzas, habían despertado los acerbos celos del sumo sacerdote. Pero al mirar Caifás al preso, le embargó la admiración por su porte noble y digno. Sintió la convicción de que este hombre era de filiación divina. Al instante siguiente desterró despectivamente este pensamiento. Inmediatamente dejó oír su voz en tonos burlones y altaneros, exigiendo que Jesús realizase uno de sus grandes milagros delante de ellos. Pero sus palabras cayeron en los oídos del Salvador como si no las hubiese percibido. La gente comparaba el comportamiento excitado y maligno de Annás y Caifás con el porte sereno y majestuoso de Jesús. Aun en la mente de aquella multitud endurecida, se levantó la pregunta: ¿Será condenado como criminal este hombre de presencia y aspecto divinos?

Al percibir Caifás la influencia que reinaba, apresuró el examen. Los enemigos de Jesús se hallaban muy perplejos. Estaban resueltos a obtener su condenación, pero no sabían cómo lograrla. Los miembros del concilio estaban divididos entre fariseos y saduceos. Había acerba animosidad y controversia entre ellos; y no se atrevían a tratar ciertos puntos en disputa por temor a una rencilla. Con unas pocas palabras, Jesús podría haber excitado sus prejuicios unos contra otros, y así habría



apartado de sí la ira de ellos. Caifás lo sabía, y deseaba evitar que se levantase una contienda. Había bastantes testigos para probar que Cristo había denunciado a los sacerdotes y escribas, que los había llamado hipócritas y homicidas; pero este testimonio no convenía. Los saduceos habían empleado un lenguaje similar en sus agudas disputas con los fariseos. Y un testimonio tal no habría tenido peso para los romanos, a quienes disgustaban las pretensiones de los fariseos. Había abundantes pruebas de que Jesús había despreciado las tradiciones de los judíos y había hablado con irreverencia de muchos de sus ritos; pero acerca de la tradición, los fariseos y los saduceos estaban en conflicto; y estas pruebas no habrían tenido tampoco peso para los romanos. Los enemigos de Cristo no se atrevían a acusarle de violar el sábado, no fuese que un examen revelase el carácter de su obra. Si se sacaban a relucir sus milagros de curación, se frustraría el objeto mismo que tenían en vista los sacerdotes.

Habían sido sobornados falsos testigos para que acusasen a Jesús de incitar a la rebelión y de procurar establecer un gobierno separado. Pero su testimonio resultaba vago y contradictorio. Bajo el examen, desmentían sus propias declaraciones.

En los comienzos de su ministerio, Cristo había dicho: **“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”**. En el lenguaje figurado de la profecía, había predicho así su propia muerte y resurrección. **“Mas él hablaba del templo de su cuerpo”**. Los judíos habían comprendido estas palabras en un sentido literal, como si se refiriesen al templo de Jerusalén. A excepción de esto, en todo lo que Jesús había dicho, nada podían hallar los sacerdotes que fuese posible emplear contra él. Repitiendo estas palabras, pero falseándolas, esperaban obtener una ventaja. Los romanos se habían dedicado a reconstruir y embellecer el templo, y se enorgullecían mucho de ello; cualquier desprecio manifestado hacia él habría de excitar seguramente su indignación. En este terreno, podían concordar los romanos y los judíos, los fariseos y los saduceos; porque todos tenían gran veneración por el templo. Acerca de este punto, se encontraron dos testigos cuyo testimonio no era tan contradictorio como el de los demás. Uno de ellos, que había sido comprado para acusar a Jesús, declaró: **“Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo”**. Así fueron torcidas las palabras de Cristo. Si hubiesen sido repetidas exactamente como él las dijo, no habrían servido para obtener su condena ni siquiera de parte del Sanedrín. Si Jesús hubiese sido un hombre como los demás, según aseveraban los judíos, su declaración habría indicado tan sólo un espíritu irracional y jactancioso, pero no podría haberse declarado blasfemia. Aun en la forma en que las repetían los falsos testigos, nada contenían sus palabras que los romanos pudiesen considerar como crimen digno de muerte.

Pacientemente Jesús escuchaba los testimonios contradictorios. Ni una sola palabra pronunció en su defensa. Al fin, sus acusadores quedaron enredados, confundidos y enfurecidos. El proceso no adelantaba; parecía que las maquinaciones iban a fracasar. Caifás se desesperaba. Quedaba un último recurso; había que obligar a Cristo a condenarse a sí mismo. El sumo sacerdote se levantó del sitio del juez, con el rostro descompuesto por la pasión, e indicando claramente por su voz y su porte que, si estuviese en su poder, heriría al preso que estaba delante de él. **“¿No respondes nada? —exclamó, — ¿qué testifican éstos contra ti?”**

Jesús guardó silencio. **“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”**.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 650-653

No solamente ante Annás y Caifás calló Jesús, también ante Herodes y Pilato. El Cordero **“llevado al matadero” “enmudeció, y no abrió su boca”**. Sin embargo, una demanda de Caifás, entonces sumo sacerdote, obligó a Jesús a romper su silencio. Sus palabras, profundas y terribles, permitirían a sus acusadores encontrar algo de lo que aferrase para condenarlo injustamente.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.

Isaías 53: 7

Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió. Pilato entonces le dijo: **¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho.**

Mateo 27: 12-14

Por fin, Caifás, alzando la diestra hacia el cielo, se dirigió a Jesús con un juramento solemne: **“Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios”**.

Cristo no podía callar ante esta demanda. Había tiempo en que debía callar, y tiempo en que debía hablar. No habló hasta que se le interrogó directamente. Sabía que el contestar ahora aseguraría su muerte. Pero la demanda provenía de la más alta autoridad reconocida en la nación, y en el nombre del Altísimo. Cristo no podía menos que demostrar el debido respeto a la ley. Más



que esto, su propia relación con el Padre había sido puesta en tela de juicio. Debía presentar claramente su carácter y su misión. Jesús había dicho a sus discípulos: “Cualquiera pues, que me confesare delante de los hombres, le confesare yo también delante de mi Padre que está en los cielos”. Ahora, por su propio ejemplo, repitió la lección.

Todos los oídos estaban atentos, y todos los ojos se fijaban en su rostro mientras contestaba: “Tú lo has dicho”. Una luz celestial parecía iluminar su semblante pálido mientras añadía: “Y aun os digo, que desde ahora habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo”.

Por un momento la divinidad de Cristo fulguró a través de su aspecto humano. El sumo sacerdote vaciló bajo la mirada penetrante del Salvador. Esa mirada parecía leer sus pensamientos ocultos y entrar como fuego hasta su corazón. Nunca, en el resto de su vida, olvidó aquella mirada escrutadora del perseguido Hijo de Dios.

“Desde ahora—dijo Jesús, —habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo”. Con estas palabras, Cristo presentó el reverso de la escena que ocurría entonces. El, el Señor de la vida y la gloria, estaría sentado a la diestra de Dios. Sería el juez de toda la tierra, y su decisión sería inapelable. Entonces toda cosa secreta estaría expuesta a la luz del rostro de Dios, y se pronunciaría el juicio sobre todo hombre, según sus hechos.

Las palabras de Cristo hicieron estremecer al sumo sacerdote. El pensamiento de que hubiese de producirse una resurrección de los muertos, que hiciese comparecer a todos ante el tribunal de Dios para ser recompensados según sus obras, era un pensamiento que aterrorizaba a Caifás. No deseaba creer que en lo futuro hubiese de recibir sentencia de acuerdo con sus obras. Como en un panorama, surgieron ante su espíritu las escenas del juicio final. Por un momento, vio el pavoroso espectáculo de los sepulcros devolviendo sus muertos, con los secretos que esperaba estuviesen ocultos para siempre. Por un momento, se sintió como delante del Juez eterno, cuyo ojo, que lo ve todo, estaba leyendo su alma y sacando a luz misterios que él suponía ocultos con los muertos.

La escena se desvaneció de la visión del sacerdote. Las palabras de Cristo habían herido en lo vivo al saduceo. Caifás había negado la doctrina de la resurrección, del juicio y de una vida futura. Ahora se sintió enloquecido por una furia satánica. ¿Iba este hombre, preso delante de él, a asaltar sus más queridas teorías? Rasgando su manto, a fin de que la gente pudiese ver su supuesto horror, pidió que sin más preliminares se condenase al preso por blasfemia. “¿Qué más necesidad tenemos de testigos? —dijo. —He aquí, ahora habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?” Y todos le condenaron.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 653-655

El ensañamiento de lo más bajo de la escala social de aquel entonces se percibió en el terrible trato que recibió el Maestro, de aquellos que eran, paradójicamente, parte del pueblo escogido. Cada una de esas personas revivirán estas ofensas inferidas al Señor cuando le vean venir en las nubes de los cielos, como Rey de reyes y Señor de señores, para recompensar a unos con la vida eterna, mientras que a ellos y a otros les esperará la eterna perdición. Lo mismo ocurrirá con los romanos que humillaron al Maestro y que nunca se percataron de su santidad.

Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos.

Isaías 50: 6

Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban, diciendo: Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó.

Mateo 26: 67, 68

Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado.

Mateo 27: 26

Entonces se produjo la tercera escena de ultrajes y burlas, peores aún que las infligidas por el populacho ignorante. En la misma presencia de los sacerdotes y gobernantes, y con su sanción, sucedió esto. Todo sentimiento de simpatía o humanidad se había apagado en su corazón. Si bien sus argumentos eran débiles y no lograban acallar la voz de Jesús, tenían otras armas, como las que en toda época se han usado para hacer callar a los herejes: el sufrimiento, la violencia y la muerte.

Cuando los jueces pronunciaron la condena de Jesús, una furia satánica se apoderó del pueblo. El rugido de las voces era como el de las fieras. La muchedumbre corrió hacia Jesús, gritando: ¡Es culpable! ¡Matadle! De no haber sido por los soldados romanos, Jesús no habría vivido



para ser clavado en la cruz del Calvario. Habría sido despedazado delante de sus jueces, si no hubiese intervenido la autoridad romana y, por la fuerza de las armas, impedido la violencia de la turba.

Los paganos se airaron al ver el trato brutal infligido a una persona contra quien nada había sido probado. Los oficiales romanos declararon que los judíos, al pronunciar sentencia contra Jesús, estaban infringiendo las leyes del poder romano, y que hasta era contrario a la ley judía condenar a un hombre a muerte por su propio testimonio. Esta intervención introdujo cierta calma en los procedimientos; pero en los dirigentes judíos habían muerto la vergüenza y la compasión.

Los sacerdotes y gobernantes se olvidaron de la dignidad de su oficio, y ultrajaron al Hijo de Dios con epítetos obscenos. Le escarnecieron acerca de su parentesco, y declararon que su aserto de proclamarse el Mesías le hacía merecedor de la muerte más ignominiosa. Los hombres más disolutos sometieron al Salvador a ultrajes infames. Se le echó un viejo manto sobre la cabeza, y sus perseguidores le herían en el rostro, diciendo: “Profetizanos tú, Cristo, quién es el que te ha herido”. Cuando se le quitó el manto, un pobre miserable le escupió en el rostro.

Los ángeles de Dios registraron fielmente toda mirada, palabra y acto insultantes de los cuales fue objeto su amado General. Un día, los hombres viles que escarnecieron y escupieron el rostro sereno y pálido de Cristo, mirarán aquel rostro en su gloria, más resplandeciente que el sol.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 661, 662

6.6. Muerte del Mesías

Isaías, el profeta evangélico, llamado así por el profético capítulo 53 de su libro presenta la mejor descripción del Antiguo Testamento sobre el sacrificio redentor del Hijo de Dios. Dentro de esta maravillosa descripción profética, escrita unos 700 años antes, Isaías indica que el Mesías sería “**contado con los pecadores**”. Claro, en este verso también se indica que llevaría “**el pecado de muchos**” lo que me da la seguridad que Cristo ya murió por mis pecados, que por la fe en Él soy libre de ellos, no por nada que yo haya hecho, sino por todo lo que Él hizo por mí.

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

Isaías 53: 12

Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda.

Mateo 27: 38

Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: y fue contado con los inicuos.

Marcos 15: 27, 28

Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: y fue contado con los inicuos; porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento.

Lucas 22: 37

Cuando vuelvo a recordar las escenas de la pasión de mi Señor no puedo menos que admirarme del carácter de mi Salvador. Condenado injustamente, cargando los pecados del mundo sobre sus hombros, maltratado por las criaturas cuya vida sostiene con su poder, aún en esa condición tomó distancia de su situación para orar intercediendo por aquellos que lo humillaban y aún se burlaban de su sufrimiento. Mi corazón se derrite dentro de mí al percibir tal manifestación de amor y compasión por los paganos que le crucificaban sin saber... sin saber Quién estaba en ese madero.

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

Isaías 53: 12

Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes.

Lucas 23: 34

El Salvador no dejó oír un murmullo de queja. Su rostro permaneció sereno. Pero había grandes gotas de sudor sobre su frente. No hubo mano compasiva que enjugase el rocío de muerte de su rostro, ni se oyeron palabras de simpatía y fidelidad inquebrantable que sostuviesen su corazón humano. Mientras los soldados estaban realizando su terrible obra, Jesús oraba por sus enemigos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Su espíritu se apartó de sus propios



sufrimientos para pensar en el pecado de sus perseguidores, y en la terrible retribución que les tocaría. No invocó maldición alguna sobre los soldados que le maltrataban tan rudamente. No invocó venganza alguna sobre los sacerdotes y príncipes que se regocijaban por haber logrado su propósito. Cristo se compadeció de ellos en su ignorancia y culpa. Sólo exhaló una súplica para que fuesen perdonados, **“porque no saben lo que hacen”**.

Si hubiesen sabido que estaban torturando a Aquel que había venido para salvar a la raza pecaminosa de la ruina eterna, el remordimiento y el horror se habrían apoderado de ellos. Pero su ignorancia no suprimió su culpabilidad, porque habían tenido el privilegio de conocer y aceptar a Jesús como su Salvador. Algunos iban a ver todavía su pecado, arrepentirse y convertirse. Otros, por su impenitencia, iban a hacer imposible que fuese contestada la oración de Cristo en su favor. Pero asimismo se cumplía el propósito de Dios. Jesús estaba adquiriendo el derecho a ser abogado de los hombres en la presencia del Padre.

Esa oración de Cristo por sus enemigos abarcaba al mundo. Abarcaba a todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo. Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios. A todos se ofrece libremente el perdón. **“El que quiere”** puede tener paz con Dios y heredar la vida eterna.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 693, 694

En ese momento de terrible prueba, cuando el Padre se había alejado del Portador de los pecados del mundo, Jesús hubiera anhelado la cercanía de aquellos que habían compartido su vida pública. Pero la profecía señalaba que sus cercanos se habrían **“alejado”**. El temor había caído sobre los apóstoles y sobre todos aquellos **“que le habían seguido desde Galilea”**, incluyendo a su apesadumbrada madre.

Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi plaga, y mis cercanos se han alejado.
Salmos 38: 11

Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.

Lucas 23: 49

Así como en el salmo citado anteriormente, David profetizó ampliamente sobre los sufrimientos del Mesías en sus últimas horas de vida. Aunque las citas de David también aplicaban a los momentos de crisis del cantor amado de Dios, también es cierto que por inspiración pudo presentar con anticipación lo que ocurriría durante la pasión, lo que los escritores del Nuevo Testamento atestiguarían que se cumplió en Cristo Jesús. Una de estas profecías adelantaba que el Mesías, cerca al trance de la muerte, tendría sed, cuando se encontrara **“en el polvo de la muerte”**.

Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte.

Salmos 22: 15

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed.

Juan 19: 28

También el salmista profetizó que cuando el Mesías tuviese sed, en ese momento se le ofrecería de beber vinagre. El vinagre se usaba en forma misericordiosa, si cabe el término, pues tenía el objeto de mitigar el sufrimiento del que había sido condenado a muerte. En algunos casos se usaba vino mezclado con hiel, con propiedades adormecedoras y que tenía un sabor agrio, es decir, un vino agrio o vinagre. Pero Jesús, que quería mantener, como durante toda su vida, el control sobre sus cinco sentidos, rehusó entonces beberlo. En otras ocasiones el vino se mezclaba con incienso para producir el mismo efecto en los condenados.

Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre.

Salmos 69: 21

le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo.

Mateo 27: 34

Y al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber.

Mateo 27: 48

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en



vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

Juan 19: 28-30

En otra profecía, el Salvador declaró: “La afrenta ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado: y esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo: y consoladores, y ninguno hallé. Pusiéronme además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre”. Era permitido dar a los que sufrían la muerte de cruz una poción estupefaciente que amortiguase la sensación del dolor. Esta poción fué ofrecida a Jesús; pero al probarla, la rehusó. No quería recibir algo que turbase su inteligencia. Su fe debía aferrarse a Dios. Era su única fuerza. Enturbiar sus sentidos sería dar una ventaja a Satanás.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 695

Casi mil años antes del Calvario, el salmista David exponía también acerca de la forma en la que el Mesías sería sacrificado por nuestros pecados. Lo propio hacía el profeta Zacarías al ver al Salvador traspasado, exhibido públicamente. Los escritores neotestamentarios comprendieron que estas profecías se cumplían delante de sus ojos en el Calvario, y algún discípulo necesitó comprobar luego, también con sus propios ojos y manos las huellas de clavos y la herida de la lanza en el Maestro.

Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies.

Salmos 22: 16

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.

Zacarías 12: 10

Era la hora tercera cuando le crucificaron.

Marcos 15: 25

Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.

Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

Juan 19: 34, 37

Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Juan 20: 25-27



En **Salmos 22**, uno de los más importantes para la profecía mesiánica, David se coloca en el lugar del Mesías doliente para presentar algo que solamente Dios en su capacidad de anticipar el futuro podía establecer con tanto detalle: la repartición de los vestidos de Jesús (recordemos que, aunque nos resulte doloroso decirlo, los crucificados eran colocados desnudos sobre la cruz, lo que aumentaba la vergüenza de los que eran sometidos a esta cruel muerte) y el sorteo de la capa, que era de una sola pieza y no quisieron partirla.

Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.

Salmos 22: 18

Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes.

Lucas 23: 34

Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver



de quién será. Esto fue para que se cumpliera la Escritura, que dice: repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados.

Juan 19: 23, 24

En los sufrimientos de Cristo en la cruz, se cumplía la profecía. Siglos antes de la crucifixión, el Salvador había predicho el trato que iba a recibir. Dijo: “Porque perros me han rodeado, me ha cercado cuadrilla de malignos: horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; ellos miran, considéranme. Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”. La profecía concerniente a sus vestiduras fue cumplida sin consejo ni intervención de los amigos o los enemigos del Crucificado. Su ropa había sido dada a los soldados que le habían puesto en la cruz. Cristo oyó las disputas de los hombres mientras se repartían las ropas entre sí. Su túnica era tejida sin costura y dijeron: “No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, de quién será”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 695

Resulta impresionante la precisión de la profecía mesiánica, para inclusive presentar con anticipación las actitudes del populacho, y de los sacerdotes y líderes del pueblo escogido, que rodeaba la cruz y que aún en esa situación hostilizaban al Salvador. No solamente se burlaban (meneando al cabeza) sino que sin saberlo repetían lo que la Inspiración había señalado que dirían. Por sus propias palabras se han condenado a sí mismos, pero esas mismas palabras llevaron a otros que las escucharon y las compararon con las profecías a reconocer a Jesús como el Prometido.

Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía.

Salmos 22: 7, 8

Yo he sido para ellos objeto de oprobio; me miraban, y burlándose meneaban su cabeza.

Salmos 109: 25

Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: soy Hijo de Dios. Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él.

Mateo 27: 39-44

Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban.

Marcos 15: 29-32

Los enemigos de Jesús desahogaron su ira sobre él mientras pendía de la cruz. Sacerdotes, príncipes y escribas se unieron a la muchedumbre para burlarse del Salvador moribundo. En ocasión del bautismo y de la transfiguración, se había oído la voz de Dios proclamar a Cristo como su Hijo. Nuevamente, precisamente antes de la entrega de Cristo, el Padre había hablado y atestiguado su divinidad. Pero ahora la voz del cielo callaba. Ningún testimonio se oía en favor de Cristo. Solo, sufría los ultrajes y las burlas de los hombres perversos. “Si eres Hijo de Dios—decían,—desciende de la cruz”. “Sálvese a sí, si éste es el Mesías, el escogido de Dios”. En el desierto de la tentación, Satanás había declarado: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan”.

“Si eres Hijo de Dios, échate abajo” desde el pináculo del templo. Y Satanás, con ángeles suyos en forma humana, estaba presente al lado de la cruz. El gran enemigo y sus huestes cooperaban con los sacerdotes y príncipes. Los maestros del pueblo habían incitado a la turba ignorante a pronunciar juicio contra Uno a quien muchos no habían mirado hasta que se les instó a que diesen testimonio contra él. Los sacerdotes, los príncipes, los fariseos y el populacho empedernido estaban confederados en un frenesí satánico. Los dirigentes religiosos se habían unido con Satanás y sus ángeles. Estaban cumpliendo sus órdenes.

Jesús, sufriendo y moribundo, oía cada palabra mientras los sacerdotes declaraban: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos”. Cristo podría haber descendido de la cruz. Pero por el hecho de que no quiso salvarse a sí mismo tiene el pecador esperanza de perdón y favor con Dios.

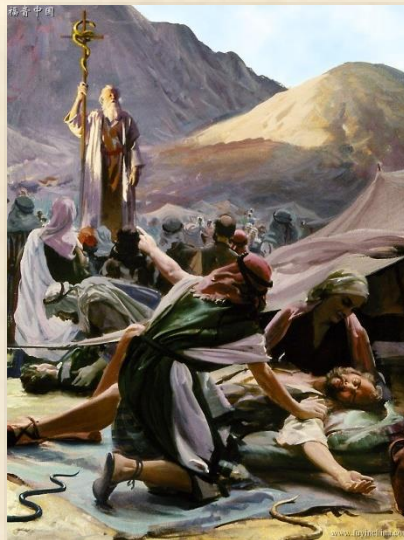
Mientras se burlaban del Salvador, los hombres que profesaban ser expositores de la profecía repetían las mismas palabras que la Inspiración había predicho que pronunciarían en esta ocasión. Sin embargo, en su ceguera, no vieron que estaban cumpliendo la profecía. Los que con irrisión



dijeron: “Confió en Dios: líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: soy Hijo de Dios”, no pensaron que su testimonio repercutiría a través de los siglos. Pero, aunque fueron dichas en son de burla, estas palabras indujeron a los hombres a escudriñar las Escrituras como nunca lo habían hecho antes. Hombres sabios oyeron, escudriñaron, reflexionaron y oraron. Hubo quienes no descansaron hasta que, por la comparación de un pasaje de la Escritura con otro, vieron el significado de la misión de Cristo. Nunca antes hubo un conocimiento tan general de Jesús como una vez que fué colgado de la cruz. En el corazón de muchos de aquellos que presenciaron la crucifixión y oyeron las palabras de Cristo resplandeció la luz de la verdad.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 648, 649

Era necesario no solamente la muerte sacrificial de Jesús para proveer un medio de salvación, también su muerte debería servir para atraer a muchos al conocimiento de la verdad. Jesús afirmó que la serpiente levantada por Moisés en el desierto era un símbolo de su muerte. Alguna vez me pregunté ¿por qué Dios le ordenó a Moisés hacer una escultura de una serpiente y no de un cordero, por ejemplo, sabiendo que iba a representar a Jesús? Lo hizo porque cuando Jesús iba a ser levantado debía cargar sobre sí el pecado de todos nosotros, al que era sin pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros. Así, en esa condición atraería a muchos a la verdad. Los que miraran a la serpiente de bronce serían sanados de las ponzoñosas mordeduras de las serpientes ardientes, quien no la mirara moriría. Hoy se requiere el mismo tipo de fe en el Crucificado... Jesús ha sido levantado, mire hacia Él y vivirá.



Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel. Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía.

Números 21: 6-9

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3: 14, 15

Finalmente, el generoso corazón de Jesús no resistió más, la agonía llegaba a su fin... y con sus últimas fuerzas el Salvador volvía a cumplir la profecía, encomendando a Dios su espíritu, como casi un milenio antes lo había señalado el salmista.

En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad.

Salmos 31: 5

Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.

Lucas 23: 46

6.7. Sepultura, Resurrección y Exaltación

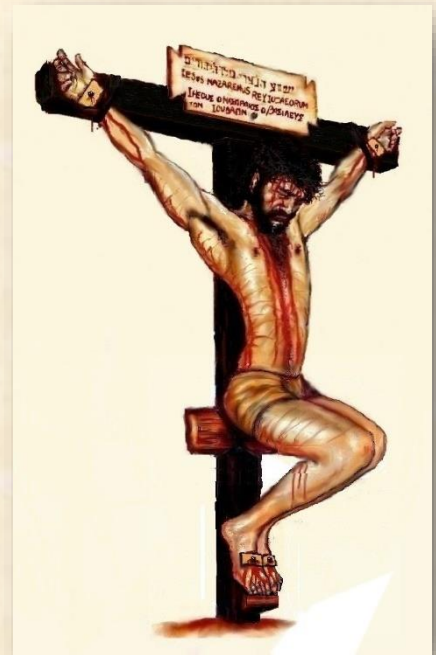
No solamente con su muerte en la cruz cumpliría el Mesías las profecías que anunciaban con tanta anticipación su encarnación, vida, pasión y muerte, sino también lo que acontecería luego de que entregara el espíritu hasta su entronización en los cielos, restituyéndolo al lugar que ocupaba desde la eternidad. Cuando los soldados, por instigación de los sacerdotes que no querían que los cuerpos permanecieran en las cruces porque se aproximaba la fiesta de la pascua (dicho sea de paso, es increíble que se preocuparan por eso cuando acababan de sacrificar al Hijo de Dios), fueron enviados a acelerar la muerte de los condenados encontraron ya a Jesús muerto.

Permítame explicar algo acerca de la muerte en la cruz. La muerte en la cruz era un lento suplicio que podía durar días. El crucificado al tener las piernas flexionadas, probablemente mucho más de los que se aprecia en las típicas pinturas sobre la muerte de Jesús, con un pie encima del otro (atravesados por un clavo de unas 10 pulgadas de largo, para poder cruzar ambos empeines o uno de ellos y tener la capacidad de fijarse en la cruz) colocados sobre un plano inclinado que le impedía mantenerse enhiesto. Cuando las



fuerzas del crucificado menguaban su cuerpo se descolgaba (estaba sostenido por sogas en los antebrazos, cerca de las muñecas, además de los clavos en las manos) y sus pulmones se comprimían por la posición de los brazos haciendo la respiración cada vez más jadeante, hasta que el crucificado caía desmayado, por el esfuerzo de impulsarse vez tras vez con sus piernas, entumecidas por la posición, y moría de asfixia. Era una muerte torturante y salvaje...

Jesús era un hombre fuerte, era el hijo del carpintero y había desarrollado esa misma tarea para sostener a su madre. En ese tiempo en que no había máquinas y las herramientas eran escasas y primitivas, debía hacerse todo en base a la fortaleza corporal. A veces he visto a Jesús representado en filmes como un hombre delgado y débil, nada parecido a lo que en mi opinión era Jesús. El Salvador duró solamente unas 6 horas en la cruz, por eso es que Pilato, que había visto su fortaleza, se sorprendió que ya hubiera muerto. Por eso el soldado le pinchó con la lanza, pues le parecía raro que hubiese muerto un hombre tan fuerte como Jesús. Pero el Maestro no murió por el dolor físico, ni la pérdida de sangre, fue la carga atroz de los pecados del mundo (incluido tus pecados y los míos) y la separación de su Padre lo que quebrantó su corazón. Jesús murió de lo que hoy podría ser diagnosticado por un médico, de un ataque cardíaco.



Cuando los soldados vieron muerto a Jesús le eximieron de otro salvaje método de acelerar la muerte. Un hombre con un mazo golpeaba violentamente las rodillas del crucificado haciendo que se partieran en pedazos los huesos de las piernas y el pobre miserable quedaba sin posibilidades de alzarse sobre sus piernas para poder respirar, lo que aceleraba la torturante muerte. Poco sabían los soldados, que quebraron las piernas de los ladrones que estaban cumpliendo una profecía de la muerte del Mesías, a quien se aplicaba la orden dada para el cordero pascual. Como dice Pablo: **“porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”**. No debía quebrársele ningún hueso y así, como fue profetizado, ocurrió.

Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Esta es la ordenanza de la pascua; ningún extraño comerá de ella. Mas todo siervo humano comprado por dinero comerá de ella, después que lo hubieres circuncidado. El extranjero y el jornalero no comerán de ella. Se comerá en una casa, y no llevarás de aquella carne fuera de ella, ni quebraréis hueso suyo.

Éxodo 12: 43-46

No dejarán del animal sacrificado para la mañana, ni quebrarán hueso de él; conforme a todos los ritos de la pascua la celebrarán.

Números 9: 12

El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado.

Salmos 34: 20

Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo.

Juan 19: 33-36

Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.

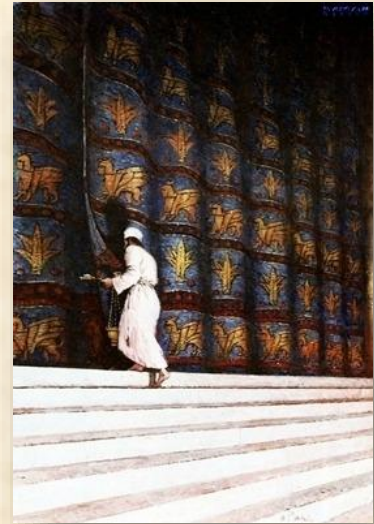
1 Corintios 5: 7, 8

Durante siglos la Palabra de Dios había señalado al sacrificio que haría posible la salvación del hombre. Desde el tiempo de las ofrendas cruentas de animales que Dios encargó a Adán, un rito que luego pasó a todos los patriarcas, hasta ser instituidas formalmente para Israel con los ritos del santuario, el pueblo de Dios reconocía en ellas un símbolo del sacrificio que vendría en un punto culminante de la historia. Cuando llegase aquel momento, el tipo (los sacrificios de animales) sería reemplazado por el antitipo (la muerte del Mesías) entonces todos estos ritos terminarían. Por eso, cuando Jesús murió en la cruz debía



cesar el sacrificio y la ofrenda. Cuando Jesús murió el velo del templo, que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, que solamente podía ser visto por el Sumo Sacerdote una vez al año durante el Día de la Expiación, se rasgó de arriba abajo y el Lugar Santísimo quedó expuesto a los ojos de todos.

La figura muestra las dimensiones aproximadas del velo, lo que da una idea de la altura y grosor que debía tener y el poder sobrehumano que se necesitaba para rasgarlo de arriba abajo. El final de los ritos era hecho evidente para todos... el verdadero Cordero ya había sido ofrecido.



Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.

Daniel 9: 27

anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz,

Colosenses 2: 14

Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron;

Mateo 27: 50, 51

Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.

Lucas 23: 44-46

En silencio, los espectadores miraron el fin de la terrible escena. El sol resplandecía; pero la cruz estaba todavía rodeada de tinieblas. Los sacerdotes y príncipes miraban hacia Jerusalén; y he aquí, la nube densa se había asentado sobre la ciudad y las llanuras de Judea. El sol de justicia, la luz del mundo, retiraba sus rayos de Jerusalén, la que una vez fuera la ciudad favorecida. Los fieros rayos de la ira de Dios iban dirigidos contra la ciudad condenada.

De repente, la lobreguez se apartó de la cruz, y en tonos claros, como de trompeta, que parecían repercutir por toda la creación, Jesús exclamó: "consumado es". "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Una luz circuyó la cruz y el rostro del Salvador brilló con una gloria como la del sol. Inclino entonces la cabeza sobre el pecho y murió.

Entre las terribles tinieblas, aparentemente abandonado de Dios, Cristo había apurado las últimas heces de la copa de la desgracia humana. En esas terribles horas había confiado en la evidencia que antes recibiera de que era aceptado de su Padre. Conocía el carácter de su Padre; comprendía su justicia, su misericordia y su gran amor. Por la fe, confió en Aquel a quien había sido siempre su placer obedecer. Y mientras, sumiso, se confiaba a Dios, desapareció la sensación de haber perdido el favor de su Padre. Por la fe, Cristo venció.

Nunca antes había presenciado la tierra una escena tal. La multitud permanecía paralizada, y con aliento en suspenso miraba al Salvador. Otra vez descendieron tinieblas sobre la tierra y se oyó un ronco rumor, como de un fuerte trueno. Se produjo un violento terremoto que hizo caer a la gente en racimos. Siguió la más frenética confusión y consternación. En las montañas circundantes se partieron rocas que bajaron con fragor a las llanuras. Se abrieron sepulcros y los muertos fueron arrojados de sus tumbas. La creación parecía estremecerse hasta los átomos. Príncipes, soldados, verdugos y pueblo yacían postrados en el suelo.

Cuando los labios de Cristo exhalaban el fuerte clamor: "consumado es", los sacerdotes estaban oficiando en el templo. Era la hora del sacrificio vespertino. Habían traído para matarlo el cordero que representaba a Cristo. Ataviado con sus vestiduras significativas y hermosas, el sacerdote estaba con el cuchillo levantado, como Abrahán a punto de matar a su hijo. Con intenso interés, el pueblo estaba mirando. Pero la tierra tembló y se agitó; porque el Señor mismo se acercaba. Con un ruido desgarrador, el velo interior del templo fué rasgado de arriba abajo por una mano invisible, que dejó expuesto a la mirada de la multitud un lugar que fuera una vez llenado por la presencia de Dios. En este lugar, había morado la Shekinah. Allí Dios había manifestado su gloria sobre el propiciatorio. Nadie sino el sumo sacerdote había alzado jamás el velo que separaba este



departamento del resto del templo. Allí entraba una vez al año para hacer expiación por los pecados del pueblo. Pero he aquí, este velo se había desgarrado en dos. Ya no era más sagrado el lugar santísimo del santuario terrenal.

Todo era terror y confusión. El sacerdote estaba por matar la víctima; pero el cuchillo cayó de su mano enervada y el cordero escapó. El símbolo había encontrado en la muerte del Hijo de Dios la realidad que prefiguraba. El gran sacrificio había sido hecho. Estaba abierto el camino que llevaba al santísimo. Había sido preparado para todos un camino nuevo y viviente. Ya no necesitaría la humanidad pecaminosa y entristecida esperar la salida del sumo sacerdote. Desde entonces, el Salvador iba a oficiar como sacerdote y abogado en el cielo de los cielos. Era como si una voz viva hubiese dicho a los adoradores: Ahora terminan todos los sacrificios y ofrendas por el pecado. El Hijo de Dios ha venido conforme a su Palabra: **“heme aquí (en la cabecera del libro está escrito de mí) para que haga, oh Dios, tu voluntad”**. **“Por su propia sangre [él entra] una sola vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención”**.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 704, 705

Morir en la cruz era además de ser un castigo denigrante significaba que los que sufrían esa pena eran luego, después de morir, arrojados al basurero público de Jerusalem, el Gehenna o Valle del Hinom, un desfiladero cercano a Jerusalem (donde antes se había practicado el salvaje rito de ofrecer a los niños a Moloc). Allí tendría que haber ido a parar el sagrado cuerpo del Maestro (donde hubiera sido quemado como seguramente ocurrió con los cuerpos de los ladrones), si no hubiera sido por la intervención de José de Arimatea que pidió a Pilato el cuerpo de Jesús. Si bien sus enemigos querían para Él una sepultura deshonrosa, la profecía había señalado que **“con los ricos”** sería en su muerte.

Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.

Isaías 53: 9

Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

Mateo 27: 57-60

Aun en la muerte, el cuerpo de Cristo era precioso para sus discípulos. Anhelaban darle una sepultura honrosa, pero no sabían cómo lograrlo. La traición contra el gobierno romano era el crimen por el cual Jesús había sido condenado, y las personas ajusticiadas por esta ofensa eran remitidas a un lugar de sepultura especialmente provisto para tales criminales. El discípulo Juan y las mujeres de Galilea habían permanecido al pie de la cruz. No podían abandonar el cuerpo de su Señor en manos de los soldados insensibles para que lo sepultasen en una tumba deshonrosa. Sin embargo, eran impotentes para impedirlo. No podían obtener favores de las autoridades judías, y no tenían influencia ante Pilato.

En esta emergencia, José de Arimatea y Nicodemo vinieron en auxilio de los discípulos. Ambos hombres eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato. Ambos eran hombres de recursos e influencia. Estaban resueltos a que el cuerpo de Jesús recibiese sepultura honrosa.

José fué osadamente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Por primera vez, supo Pilato que Jesús estaba realmente muerto. Informes contradictorios le habían llegado acerca de los acontecimientos que habían acompañado la crucifixión, pero el conocimiento de la muerte de Cristo le había sido ocultado a propósito. Pilato había sido advertido por los sacerdotes y príncipes contra el engaño de los discípulos de Cristo respecto de su cuerpo. Al oír la petición de José, mandó llamar al centurión que había estado encargado de la cruz, y supo con certeza la muerte de Jesús. También oyó de él un relato de las escenas del Calvario que confirmaba el testimonio de José.

Fué concedido a José lo que pedía. Mientras Juan se preocupaba por la sepultura de su Maestro, José volvió con la orden de Pilato de que le entregasen el cuerpo de Cristo; y Nicodemo vino trayendo una costosa mezcla de mirra y áloes, que pesaría alrededor de unos cuarenta kilos, para embalsamarle. Imposible habría sido tributar mayor respeto en la muerte a los hombres más honrados de toda Jerusalén. Los discípulos se quedaron asombrados al ver a estos ricos príncipes tan interesados como ellos en la sepultura de su Señor.

Ni José ni Nicodemo habían aceptado abiertamente al Salvador mientras vivía. Sabían que un paso tal los habría excluido del Sanedrín, y esperaban protegerle por su influencia en los concilios. Durante un tiempo, pareció que tenían éxito; pero los astutos sacerdotes, viendo cómo favorecían a Cristo, habían estorbado sus planes. En su ausencia, Jesús había sido condenado y entregado para ser crucificado. Ahora que había muerto, ya no ocultaron su adhesión a él. Mientras los discípulos



temían manifestarse abiertamente como adeptos suyos, José y Nicodemo acudieron osadamente en su auxilio. La ayuda de estos hombres ricos y honrados era muy necesaria en ese momento. Podían hacer por su Maestro muerto lo que era imposible para los pobres discípulos; su riqueza e influencia los protegían mucho contra la malicia de los sacerdotes y príncipes.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 718, 719

Aún debía el Mesías cumplir otras profecías. El salmista había anunciado por inspiración que Dios no dejaría su “**alma en el sepulcro**” (es la traducción de Seol) anunciando que el Señor de la vida volvería a vivir. El Señor reposó en la tumba el santo Sábado y en el amanecer del primer día de la semana resucitó, para cumplir también la profecía implícita de la gavilla mecida, presentando entonces delante de Dios las primicias de su resurrección.

Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción.

Salmos 16: 10

Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: no temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho.

Mateo 28: 2-7

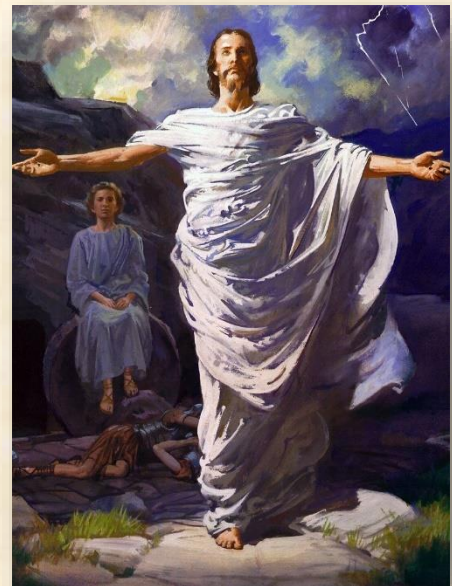
Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella. Porque David dice de él: veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia. Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que, de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

Hechos 2: 22-32

Cuando la voz del poderoso ángel fué oída junto a la tumba de Cristo, diciendo: “Tu Padre te llama”, el Salvador salió de la tumba por la vida que había en él. Quedó probada la verdad de sus palabras: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar... Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”. Entonces se cumplió la profecía que había hecho a los sacerdotes y príncipes: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”.

Sobre la tumba abierta de José, Cristo había proclamado triunfante: “Yo soy la resurrección y la vida”. Únicamente la Divinidad podía pronunciar estas palabras. Todos los seres creados viven por la voluntad y el poder de Dios. Son receptores dependientes de la vida de Dios. Desde el más sublime serafín hasta el ser animado más humilde, todos son renovados por la Fuente de la vida. Únicamente el que es uno con Dios podía decir: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para tomarla de nuevo. En su divinidad, Cristo poseía el poder de quebrar las ligaduras de la muerte.

Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de aquellos que dormían. Estaba representado por la gavilla agitada, y su resurrección se realizó en el mismo día en que esa gavilla era presentada delante del Señor. Durante más de mil años, se había realizado esa ceremonia simbólica. Se juntaban las primeras espigas de grano maduro de los campos de la mies, y cuando





la gente subía a Jerusalén para la Pascua, se agitaba la gavilla de primicias como ofrenda de agradecimiento delante de Jehová. No podía ponerse la hoz a la mies para juntarla en gavillas antes que esa ofrenda fuese presentada. La gavilla dedicada a Dios representaba la mies. Así también Cristo, las primicias, representaba la gran mies espiritual que ha de ser juntada para el reino de Dios. Su resurrección es símbolo y garantía de la resurrección de todos los justos muertos. “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús”.

Al resucitar Cristo, sacó de la tumba una multitud de cautivos. El terremoto ocurrido en ocasión de su muerte había abierto sus tumbas, y cuando él resucitó salieron con él. Eran aquellos que habían sido colaboradores con Dios y que, a costa de su vida, habían dado testimonio de la verdad. Ahora iban a ser testigos de Aquel que los había resucitado.

Durante su ministerio, Jesús había dado la vida a algunos muertos. Había resucitado al hijo de la viuda de Naín, a la hija del príncipe y a Lázaro. Pero éstos no fueron revestidos de inmortalidad. Después de haber sido resucitados, estaban todavía sujetos a la muerte. Pero los que salieron de la tumba en ocasión de la resurrección de Cristo fueron resucitados para vida eterna. Ascendieron con él como trofeos de su victoria sobre la muerte y el sepulcro. Estos, dijo Cristo, no son ya cautivos de Satanás; los he redimido. Los he traído de la tumba como primicias de mi poder, para que estén conmigo donde yo esté y no vean nunca más la muerte ni experimenten dolor.

Estos entraron en la ciudad y aparecieron a muchos declarando: Cristo ha resucitado de los muertos, y nosotros hemos resucitado con él. Así fué inmortalizada la sagrada verdad de la resurrección. Los santos resucitados atestiguaron la verdad de las palabras: “Tus muertos vivirán; junto con mi cuerpo muerto resucitarán”. Su resurrección ilustró el cumplimiento de la profecía: “¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío, cual rocío de hortalizas; y la tierra echará los muertos”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 729, 730

El Mesías resucitado y victorioso debería ser recibido en los cielos con la algarabía de los ángeles, que luego de comprobar su sacrificio, se habían gozado de su vuelta a la vida y ahora le recibían en los cielos para ocupar el lugar que siempre tuvo, a la diestra del padre

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria. Selah.

Salmos 24: 7-10

Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios.

Marcos 16: 19

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que, bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.

Lucas 24: 50, 51

Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: no os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Hechos 1: 6-11

Como hemos tratado en el estudio sobre el Santuario Celestial, Jesús debía iniciar su obra intercesora como “sumo sacerdote según el orden de Melquisedec” siendo “hecho fiador de un mejor pacto” siendo “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos”.

Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Salmos 110: 4

Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: tú eres sacerdote para siempre,



según el orden de Melquisedec. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

Hebreos 5: 4-10

Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón? Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.

Hebreos 7: 11-28

Jesús permanece hasta hoy, cumpliendo la tarea de intercesión por nosotros en el Santuario hasta que llegue el momento en que Dios ponga a sus “**enemigos por estrado**” de sus pies. Es interesante la forma en la que el salmista afirma esto, indicando que el Señor reina sentado “**a la diestra**” del Padre, hasta que llegue el tiempo de su segunda venida. Así anunció a los miembros del Sanedrín, durante el injusto juicio al que fue sometido, que ellos lo verían venir en su gloria a la diestra del Padre y entonces comprobarían lo que ya intuían en sus corazones, que estaban oponiéndose directamente a la voluntad del Omnipotente.

Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

Salmos 110: 1

Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: de David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

Mateo 22: 41-46

pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies;

Hebreos 10: 12, 13

El reino sin fin del Mesías, del que hablaron los profetas, ese reino que los intérpretes judíos suponían que sería un reino al estilo terrenal, logrado por la fuerza de las armas y el sometimiento de sus enemigos, es el reino que Dios ha separado para los hijos fieles de todas las épocas. Ese “**reino no tendrá fin**” y nos gozaremos para siempre con nuestro Dios, en un reino confirmado “**en juicio y en justicia desde ahora y para siempre**”.

En verdad juró Jehová a David, y no se retractará de ello: de tu descendencia pondré sobre tu trono. Si tus hijos guardaren mi pacto, y mi testimonio que yo les enseñaré, sus hijos también se sentarán sobre tu trono para siempre.

Salmos 132: 11, 12

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su



imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

Isaías 9: 6, 7

He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra.

Jeremías 23: 5

Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Lucas 1: 31-33



Cuando Él venga “desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”. El mundo como lo conocemos terminará y este reino no será “dejado a otro pueblo”. Ven pronto Señor, y como lo prometiste reina “sobre la casa de Jacob para siempre”. Ven Señor Jesús.

Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre,

Daniel 2: 44

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

Daniel 7: 13, 14

Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Lucas 1: 32, 33

7. Material complementario

7.1. El esperado mesías del judaísmo

Mientras escribo esta parte final del tratado hoy es 17 de mayo del 2017. Para el pueblo judío, que no reconoce a Jesús, y para quienes la era cristiana es solamente un concepto político o de negocios, hoy es 21 de Lyyar del 5777 y siguen esperando al Mesías. Parte del error de no reconocer a Jesús como el Mesías es el hecho de haber esperado a un Mesías distinto, un conquistador que reestableciera la gloria de Israel y la llevara a límites nunca alcanzados. Un guerrero portentoso que pondría a todos los pueblos gentiles de rodillas delante del que en una época fue el pueblo de Dios.

Durante más de mil años, los judíos habían esperado la venida del Salvador. En este acontecimiento habían cifrado sus más gloriosas esperanzas. En cantos y profecías, en los ritos del templo y en las oraciones familiares, habían engastado su nombre. Y, sin embargo, cuando vino, no le conocieron. El Amado del cielo fué para ellos como “raíz de tierra seca”, sin “parecer en él ni hermosura”; y no vieron en él belleza que lo hiciera deseable a sus ojos. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”.

Sin embargo, Dios había elegido a Israel. Lo había llamado para conservar entre los hombres el conocimiento de su ley, así como los símbolos y las profecías que señalaban al Salvador. Deseaba que fuese como fuente de salvación para el mundo. Como Abrahán en la tierra donde peregrinó, José en Egipto y Daniel en la corte de Babilonia, había de ser el pueblo hebreo entre las naciones. Debía revelar a Dios ante los hombres.

En el llamamiento dirigido a Abrahán, el Señor había dicho: “Bendecirte he, ...y serás bendición, ...y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. La misma enseñanza fué repetida por los profetas. Aun después que Israel había sido asolado por la guerra y el cautiverio, recibió esta



promesa: “Y será el residuo de Jacob en medio de muchos pueblos, como el rocío de Jehová, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no esperan varón, ni aguardan a hijos de hombres”. Acerca del templo de Jerusalén, el Señor declaró por medio de Isaías: “Mi casa, casa de oración será llamada de todos los pueblos”.

Pero los israelitas cifraron sus esperanzas en la grandeza mundanal. Desde el tiempo en que entraron en la tierra de Canaán, se apartaron de los mandamientos de Dios y siguieron los caminos de los paganos. En vano Dios les mandaba advertencias por sus profetas. En vano sufrieron el castigo de la opresión pagana. A cada reforma seguía una apostasía mayor.

Si los hijos de Israel hubieran sido fieles a Dios, él podría haber logrado su propósito honrándolos y exaltándolos. Si hubiesen andado en los caminos de la obediencia, él los habría ensalzado “sobre todas las naciones que ha hecho, para alabanza y para renombre y para gloria”. “Verán todos los pueblos de la tierra—dijo Moisés—que tú eres llamado del nombre de Jehová, y te temerán”. Las gentes “oirán hablar de todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido es esta gran nación”. Pero a causa de su infidelidad, el propósito de Dios no pudo realizarse sino por medio de continua adversidad y humillación.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 19, 20

Así como ocurre en el cristianismo nominal, que valora en poco la venida del Mesías, y probablemente está poco enterado que volverá otra vez, esta vez para recompensar a cada uno de acuerdo a su obra, en el judaísmo nominal ocurre otro tanto. Aunque el Mesías “se tarda en llegar” son cada vez menos los que le esperan.

El concepto del Mesías ha sido totalmente descuidado en el judaísmo, quedando como menos que un hijastro. Al recorrer las bibliotecas judías, sólo esporádicamente aparecerá un delgado tomo sobre la esperanza Mesiánica entre la vasta literatura sobre la Torah, la ley judía. La interpretación Halakha ha ocupado completamente la posición de guardián de la vida religiosa del judío y la Torah ha venido a ser un sustituto para la idea bíblica de salvación. Franz Delitzsch, quizá el más profundo experto sobre judaísmo de su época, aseveró que los judíos ya no creían en el Mesías. En su lugar existe una expectativa general de que, para ellos, la liberación se efectuará sin una figura Mesiánica. Junto con este “estrechamiento nacionalista” el judaísmo también ha perdido su carácter universal. En general, los eruditos judíos han escrito sobre el concepto del Mesías sólo en sus obras apologéticas.

Risto Santala, El Mesías en el Antiguo Testamento a la luz de los Escritos Rabínicos, 17

El concepto del Mesías no ha cambiado sustancialmente desde el medioevo y todavía persiste la idea de uno que “derrocará a los poderes dominantes”.

La creencia Mesiánica judía se tipifica en las obras del erudito medieval Moisés Maimónides (RaMBaM –Rabí Moisés Ben Maimon), de quien se dijo que “desde Moisés hasta Moisés no ha surgido ninguno como Moisés”. En su libro “Ordenanzas de los Reyes”, comprime todo lo que tiene que decir acerca del Mesías en seis páginas: el Mesías Rey será ante todo un maestro de la Torah; reinstalará los severos castigos de la ley de Moisés y elaborará sus propias leyes, que el pueblo luego se verá obligado a observar; primero iniciará el milhemet mitsvah, la guerra de ordenanzas, y sólo entonces derrocará a los poderes dominantes, y también edificará el Templo.

Risto Santala, El Mesías en el Antiguo Testamento a la luz de los Escritos Rabínicos, 18

Hubo un tiempo, sin embargo, cuando los estudiosos rabinos quedaban sorprendidos por los textos del Antiguo Testamento que presentaban a un Mesías sufriente y no lograban conciliar estas dos imágenes del Mesías esperado. No se percataron que lo que encontraban contradictorio era que se hablaba de dos venidas del Mesías, la primera para ser el Sufriente, la segunda para restaurar el reino. Note la figura de las dos montañas que usa el erudito autor de la siguiente cita. Frydland fue un judío polaco, que perdió gran parte de su familia durante el holocausto nazi, converso al cristianismo, y autor de importantes libros escritos con el objetivo de acercar a los judíos al cristianismo, a través de aceptar que Jesús es el Mesías que su pueblo espera aún.

Los rabinos fallaron en reconocer otra posibilidad, que el Mesías habría de expiar los pecados del pueblo primero y luego volvería como el Exaltado para establecer su reino. Este concepto, por supuesto, lleva inevitablemente a Yeshúa como el Mesías, una verdad que se les escapó a los rabinos del pasado y del presente. Apoyado por el Tanáj, este concepto resuelve el dilema que enfrentaron la mayoría de los rabinos talmúdicos. Los rabinos se esforzaron por resolver los dos diferentes hilos de profecía en el Tanáj. Como un hombre que se para de lejos a mirar dos picos de montaña que están alineados, no pudieron discernir el “golfo de tiempo” que existía entre los dos picos. Con el entendimiento de un estratega, y la revelación adicional del Nuevo Testamento la teoría que mejor resuelve la paradoja es que un Mesías habría de venir en dos diferentes eras con dos propósitos diferentes. Habría de venir primero como el Salvador Sufriente para expiar los pecados del pueblo y traer paz a los que se arrepientan y reciban la expiación con fe. Luego habrá de venir



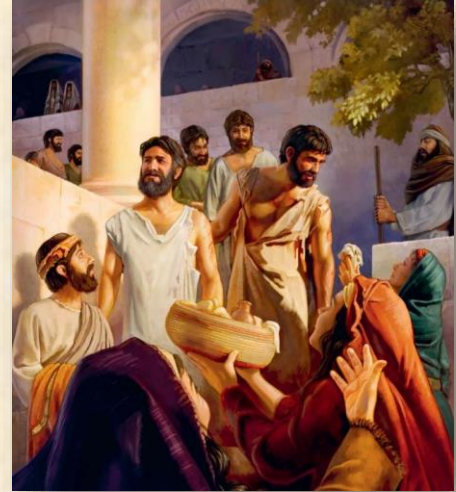
como el Rey Exaltado para traer juicio sobre los injustos y establecer su Reino Mesianico para siempre.

Rajmiel Frydland, Lo que saben los rabinos acerca del Mesías, 15

7.2. Falsos mesías

El error de negar las evidencias que señalan a Jesús como el Mesías anunciado por el Antiguo Testamento ha permitido que durante casi 20 siglos se hayan repetido los intentos de identificar como mesías a personas que dieron evidentes muestras de no ser el Esperado.

Ya antes de la aparición de Jesús en la escena pública había habido algunos que pretendieron ser el Mesías tal como refirió Gamaliel cuando los judíos intentaban detener la predicación de los apóstoles, encarcelándolos. Con sabiduría, el doctor de la ley dijo que, si aquella “obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir”. El ascenso y la rápida caída de estos falsos mesías demuestra lo correcto de su enfoque. Los discípulos, después de la exposición de Gamaliel, fueron liberados.



Entonces levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, mandó que sacasen fuera por un momento a los apóstoles, y luego dijo: varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres. Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada.

Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados. Y ahora os digo: apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios.

Hechos 5: 34-39

Algunos historiadores enfocados en el judaísmo han reconocido una docena de falsos mesías judíos entre el siglo II y el siglo XVIII DC. Como ejemplo mencionaré un par de ellos. El primero es Simón bar Kojba, que cuando se levantó a inicios del siglo II DC fue considerado por los sacerdotes judíos como el mesías. Unos pocos años bastaron para probar que no era digno del carácter de lo que pretendía ser.

Simón bar Kojba o Simon bar Kokhba o Barcokebas o Barcoqueba... fue el líder judío que dirigió en el año 132 la que es conocida como Rebelión de Bar Kojba contra el Imperio romano, estableciendo un estado judío independiente que dirigió durante tres años como Nasi (“Príncipe”), hasta ser derrotado por los romanos en 135. Reprimida la rebelión, Bar Kojba resultó muerto en el asalto final a la fortaleza de Betar.

A pesar de la devastación realizada por los romanos durante la Primera Guerra Romano-judía (66–70), que dejó a la población y al país en ruinas, y del fracaso de la Guerra de Kitos, una serie de medidas represivas de los emperadores romanos provocaron una segunda gran rebelión. Su culminación fueron leyes decretadas por el emperador romano Adriano para helenizar a los judíos, que prohibían el Brit Milá (circuncisión), la lectura de la Torá, la observancia del shabat, las reuniones comunitarias en los beit-kneset, comer matzá, tocar el shofar y las leyes de pureza en la familia.

También se incluyó la reconstrucción y transformación de Jerusalén en una ciudad romana, Aelia Capitolina, con un gran templo a Júpiter en el Monte del Templo, lo que, según Dion Casio, fue lo que encendió la llama de la rebelión.

La segunda rebelión judía se llevó a cabo 60 años después de la primera, restaurando un estado independiente cuya duración fue de tres años. Este estado emitió sus monedas, que tenían inscrita la frase “Año 1 [o 2] de la Redención de Israel”. Bar Kojba gobernó con el título de Nasi... que significa “príncipe”, en hebreo bíblico.

Los romanos tuvieron un pobre resultado en la etapa inicial de la rebelión enfrentándose a una fuerza judía totalmente unida (a diferencia de la primera rebelión donde Tito se enfrentó a tres



ejércitos judíos separados batallando por el control del Monte del Templo, tres semanas después de que los romanos hubieran aporillado las murallas de Jerusalén para llegar al centro). Es posible que incluso una legión romana completa, la XXII Deiotariana, fuera aniquilada.

Tales fueron las bajas romanas que, según Dion... el emperador Adriano, al informar al Senado, no consideró oportuno comenzar con la típica reseña "Yo y las legiones estamos bien". No están claras las fechas en las que Adriano pudo estar en Judea, pero en cualquier caso no fue a la conclusión de la guerra.

El nuevo Estado solo conoció un año de paz. Los romanos comprometieron nada menos que doce legiones, lo que abarcaría casi la mitad de efectivos del imperio, para reconquistar Palestina. A pesar de la inferioridad numérica judía y sus considerables bajas, los romanos evitaron enfrentarse en una batalla abierta y en vez de ello adoptaron una estrategia de tierra quemada, lo que atomizó y subyugó a la población judía, desintegrando lentamente la voluntad de los judíos de seguir con la guerra. Bar Kojba se refugió en la fortaleza de Betar. Los romanos la capturaron finalmente después de asesinar a sus defensores. De acuerdo a Dion Casio, 580.000 judíos fueron eliminados, 50 pueblos fortificados y 985 aldeas fueron arrasadas. Jerusalén también fue arrasada, y para evitar el retorno de los judíos, una nueva ciudad romana, Aelia Capitolina, fue construida en su lugar.



Bar Kojba murió al ser tomada Betar después, siguiendo la versión talmúdica, de haber hecho ejecutar por traición a su tío el rabí Eleazar. Según el relato, su cabeza fue enviada al mismo emperador Adriano que, a continuación, reclamó el resto del cuerpo; aunque lo más probable sea que el destinatario de sus restos fuese Sexto Julio Severo, el general al que el emperador había encargado la represión de la revuelta.

Como consecuencia de la guerra, Adriano consolidó la nueva provincia de Siria Palestina mediante las unidades políticas de antaño de Judea, Galilea y Samaria. La nueva designación provincial aludía despectivamente a los filisteos, que antiguamente ocuparon la planicie costera.

En las últimas décadas ha visto la luz información nueva sobre la rebelión, gracias principalmente al descubrimiento de varias colecciones de manuscritos, algunas escritas posiblemente por el mismo Bar Kojba, en una de las cuevas situadas en las proximidades de Wadi Murabba, conocidos como manuscritos de Murrabba'at, y a Nahal Hever. Estos manuscritos pueden ser vistos en el Museo de Israel.

Recientemente los arqueólogos han descubierto 120 monedas de oro, plata y bronce, que se remontan a la Rebelión de Bar Kojba.

Wikipedia, Simón bar Kojba

Un caso aún más penoso fue el del supuesto mesías Sabbatai Tsvi, en el siglo XVII, que bajo presión del Sultán de Turquía y para evitar la muerte se convirtió al islam, junto con todos sus seguidores, los que, dicho sea de paso, demostraban que la santidad no era uno de sus objetivos a alcanzar.

El Profesor Gershom Scholem, una autoridad sobre misticismo judío, en su libro "The Messianic Idea in Judaism", escribe extensamente acerca del falso Mesías Sabbatai Tsvi. El nombre Sabbatai en hebreo significa "la estrella Saturno" —no es extraño que haya llegado a ser un falso Mesías, igual que Bar Kokhba, "hijo de estrella", antes que él. Balaam, hijo de Beor, profetizó en su tiempo que "Saldrá Estrella de Jacob y se levantará cetro de Israel", refiriéndose, según la exégesis judía y cristiana, al Mesías (**Números 24: 17**). No obstante, ese mismo Balaam sedujo a Israel a la inmoralidad. Sin embargo, aún más abominable todavía, fue la manera en que Sabbatai Tsvi y su compatriota Yankiev Frank habían de aparecer e interpretar la Torah.

Sólo un año después de que Sabbatai Tsvi había proclamado ser el Mesías en Israel, se convirtió al Islam, obligado por el Sultán de Turquía. Esto fue en el año 1666 DC. Pero sus seguidores explicaron que su maestro sólo había "descendido al mundo", klipôt, con el fin de salvar a los que estaban en el mundo. Fue "herido con males" por nuestra causa; tuvo que descender hasta el nivel de los que aún eran ba-Hol, en servidumbre al quehacer diario y a la superficialidad sin santidad. En este sentido Sabbatai mismo explicó: "¡Bendito seas, Tú que nos liberas de prohibiciones!" Él sostenía que el Mesías sorprendería a los que creían en él mediante la realización de "obras extrañas". "La negación de la Ley —proclamaba él— es su cumplimiento". Sus seguidores también



habían de descender a las “trivialidades” y “abrir las puertas de la inmundicia” cometiendo tanto pecado que dejaría de inquietarles. No había ninguna prohibición en la “Torah sublime”. La palabra atsilim, que literalmente significa los “sublimes” o “nobles”, llegó a ser el sobrenombre de los seguidores de Shabtai. Estos creyentes realmente tenían que realizar en secreto actos muy repugnantes. Para ilustrar, baste lo siguiente: en Turquía los “Atsilim” celebraban rituales especiales “a luz apagada” en las que intercambiaban compañeros sexuales, costumbre que aparentemente habían aprendido de una secta islámica.

Los miembros del movimiento tenían que hacer un juramento de guardar secretos, el cual les prohibía que hablaran acerca de sus enseñanzas con los de afuera. Únicamente mediante la negación de la “Torah de la Creación” las leyes de la sociedad, podían alcanzar el nivel de “Torah sublime”. Inventaron su propia confesión de fe con 13 Artículos, en la que se explicaba que los Diez Mandamientos habían sido abrogados, pero que debía seguirse observando la ley ritual. La confesión termina con la petición de que el salvador y Mesías Sabbatai Tsvi regrese “pronto, y en nuestros tiempos”. El paralelo más cercano al seguidor de Sabbatai Tsvi es el Übermensch Nazi, el “superman” que también está por encima de toda moralidad. Se dice del “hombre de pecado”, el Anticristo, que “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (**2 Tesalonicenses 2: 4**). Del episodio Sabbatai Tsvi aprendemos que la religiosidad estéril, sin concepto alguno de la santidad, efectivamente abre de par en par las “puertas de inmundicia”. Sin embargo, vemos en este error, aun cuando negativamente expresados, algunos aspectos de la expectativa judía Mesiánica.

Risto Santala, El Mesías en el Antiguo Testamento a la luz de los Escritos Rabínicos, 73-75

El contraste con el Mesías del Cristianismo es evidente. Dios ilumine la mente de nuestros hermanos judíos, con quienes compartimos el sábado, el diezmo, la Ley y otros muchos temas, para que encuentren en las profecías mesiánicas la luz que les permita reconocer al Deseado de todas las Gentes.

Dios le bendiga.